

# **La recurrencia del milagro: una visión de vida para el sida**

Por Diana E. Villagómez-Oviedo\*

**México**

**Primavera 2007**

## DEDICATORIA

A mi **Padre**, porque aunque ya no está físicamente, sigue siendo el mejor de mis amigos y mi mejor amor... Mi inspiración y mis ganas todas.

A mi **Madre**, porque algún día acabará de comprender y volveremos a tener tiempo de reinos juntas.

A **Paulo y Panchito**, por ser lo mejor que me ha pasado en los últimos treinta años.

A **Carito**, por mi hijos, por darle un giro de 360 grados a mi existencia *every other day* y por enseñarme a decir te amo de nuevo.

A **Luli**, mi hermana mayor, por ofrecerme siempre su amor incondicional; y a **Cynthia y Virna**, por ser parte de mi histeria/historia.

A mis entrañables amigos **Janik y Rolando**, mi familia adoptiva que siempre me falta, por enseñarme lo que significa la palabra solidaridad.

A **Lore Escudero**, por su cariño infinito.

A **Héctor Chapa**, por acompañarme en los momentos más difíciles de mi vida y por su tiempo para estas letras.

A **Gilberto Sánchez** por su hermosa amistad y por ser mi primer lector.

A **Fernando Silva**, porque sin su apoyo desinteresado al día de hoy no tendría en qué escribir.

Y claro, a **Roberto Giraldo, Luis Botinas y María Grazia** porque con su incansable disidencia nos salvan a todos.

Y como los últimos serán los primeros, a **Vicente Baldwin** por acompañarme siempre en mi mente y en mi corazón, pero sobre todo, por convencerme de escribir este libro.

## ÍNDICE

Prólogo .....	4
<b>I. A vivir al mar .....</b>	<b>12</b>
<b>II. A parir a Pátzcuaro .....</b>	<b>23</b>
<b>III. Cómo surgió Monarcas .....</b>	<b>37</b>
<b>IV. No hay mal que por bien no venga .....</b>	<b>52</b>
<b>V. Quién recibe nuestra ayuda diaria .....</b>	<b>65</b>
<b>VI. Mudándonos por siempre .....</b>	<b>73</b>
<b>VII. Mata más la espera .....</b>	<b>84</b>
Referencias .....	94
Sitios de Consulta en Internet .....	94
Bibliografía .....	95
Otros documentos .....	95

## PRÓLOGO

*"Cada vez que alguien habla y alguien escucha  
se inicia de nuevo la creación original,  
el mundo es inventado de nuevo"  
Galindo y Lameiras*

Este libro se ha comenzado a escribir por varias razones. Ante todo, espero que sirva como referencia para aquellos que están cerca de la disidencia del vih-sida por alguna razón y que desean conocer más de las historias que vivimos los que estamos inmersos en ella, por convicción y por elección propia. Espero además, que ayude a quienes piensan que ésta es una enfermedad mortal, a cambiar de opinión y a sobrevivirla para que podamos conocernos alguna vez e intercambiar nuestras 'historias de terror'. Y finalmente, para dar cuenta de cómo han sido para mí las cosas en esta vorágine cotidiana desde que vivo con Carlos, mi pareja seropositiva. A este momento, por lo demás, es prudente hablar de mis antecedentes con el sida para comprender algunas de las historias que vendrán después.

Por el año de 1991, a la edad de 45 años, murió de sida el único hermano varón de mi madre. Después de perder a su pareja -Gari, un norteamericano a quien habían extraditado por supuesto tráfico de piezas arqueológicas-, dejó su trabajo, olvidó a sus amigos y cambió por completo su modo de vida.

Eduardo Oviedo Garza era uno de esos personajes de quienes se escuchan más historias de las que uno pudiera haber experimentado con él. Después de muchos esfuerzos familiares, él había terminado una maestría en administración en la Universidad de Texas, así que a partir

de ese momento había mantenido un alto nivel de vida, trabajando para grandes empresas trasnacionales.

En la familia estábamos acostumbrados a saber de él por las postales que llegaban de sus viajes alrededor del mundo, ya fuera desde Puerto Rico por negocios o desde Hamburgo por placer; del tío sabíamos por los regalos navideños y las cartas contándonos del clima y las costumbres de aquellos sitios. Hasta que un día, nadie supo nada de él, ni mi abuela, ni mi madre o mi tía Diana, sus hermanas. Eso era realmente extraño porque no importando dónde estuviera escribía siempre, aunque no fuera su costumbre visitarnos. Así, desapareció por algunos años, hasta que se comunicó con el abuelo para decirle que estaba trabajando en un restaurante en una playa del pacífico.

En algún punto nos fue a visitar a Morelia: estaba muy flaco, más que de costumbre -pues nunca fue robusto-, parecía que había perdido el brillo de sus ojos y su tradicional humor negro simplemente se había ido a otro lugar. Fue cuando comenzó a morir. Supongo ahora que su desaparición se debió a que se enteró que era seropositivo. Para entonces yo no tenía idea de que Eduardo era *gay*, me enteré -por unas fotografías que encontré entre lo poco que quedó de sus cosas- ya que había muerto.

Así, vimos como fue perdiéndolo todo. Él había sido completamente independiente y vivía su vida con cierto lujo, gracias a su trabajo; sin embargo, acabó viviendo en casa de sus abuelos con mis hermanas que presenciaban su transformación de hombre de negocios, a *hommeless* en potencia. Así pasaron otro par de años, si no mal recuerdo. Para entonces yo vivía en Morelia con mis padres y estaba terminando de estudiar la preparatoria -mis tres

hermanas mayores vivían en la Ciudad de México, donde cada una estudiaba su propia carrera universitaria. Un día, mis hermanas Cynthia y Virna, que compartían departamento con él, nos avisaron que estaba muy mal, parecía estar perdiendo la cordura y su salud estaba en franco detrimento, así que mi madre decidió llevarlo a vivir con nosotros a Michoacán para poderlo cuidar.

Ahí conocí la verdadera desgracia de la llamada enfermedad del siglo: El destierro al que se condena a los llamados seropositivos y la negligencia y crueldad con la que los médicos tratan a los enfermos de sida y a sus familiares, en el supuesto de que es una enfermedad infecciosa. Nuestro primer problema fue cómo trasladarlo, porque su condición no le permitía ya viajar en autobús o en coche, así que a través de Cynthia, la segunda de mis hermanas que había sido voluntaria por años en el Cuerpo de Rescate local, se pudo obtener su traslado en ambulancia de manera no tan gravosa.

Mis padres, siendo ambos maestros de inglés, habían concretado el sueño de su vida de iniciar su propia escuela, la cual tuvieron que deshacer con la enfermedad del tío, pues la habían construido dentro de nuestra misma casa y sus instalaciones se convirtieron en el alojamiento para el tío Lalo. Mi madre y el abuelo, tuvieron que dedicar todos sus esfuerzos a hacerse cargo de su salud, y mi padre tuvo que volver a trabajar fuera para poder solventar los gastos extras que se venían encima. Con mi tío en casa, la vida de todos los que entonces nos alojábamos ahí cambio por completo. El abuelo y mi madre pasaban todo el tiempo con él, que para entonces no se levantaba de la cama y hasta el peso de las sábanas le resultaba intolerable, apenas tenía ya ánimo de hablar; mi padre y yo pasábamos los días

trabajando y estudiando fuera de casa. Cuando estábamos ahí era como hubiéramos dejado de existir.

Mi tío vivió unos cuatro meses más, una vez que llegó a Morelia. A mí me prohibieron acercarme a él y tuve que dejar de besarlo; cuando murió, lo que más me recriminé fue el haber hecho caso de no visitarlo y no irle a leer, con lo que él disfrutaba de los libros. Esos cuatro meses fueron de un constante sobresalto, mi tío pasó por el sarcoma de kaposi, la neumonía, la candida, la anemia y sufrió 'n' enfermedades más antes de morir, de un día para otro su cuadro cambiaba sólo para empeorar.

Mi madre y el abuelo se desvivían en el intento por conseguir un hospital que hiciera su fin menos ruin, pero en ningún sitio -ni público, ni privado- querían aceptarlo alegando que no había nada que hacer por él y que no se contaba con instalaciones apropiadas para enfermos infecciosos. Recuerdo que en el hospital Civil de la ciudad nos dijeron que lo más 'humano' era verlo morir en casa. Para entonces había que aplicarle transfusiones sanguíneas para que no muriera por la anemia, y hasta eso era un problema grave para nosotros. Yo me acabé la agenda -llena de supuestos amigos- intentando conseguir donadores. Cuando le pedí a mi mejor amiga que fuera a donar me respondió: "Es que no quiero que 'se me pegue'", me enojé mucho y le contesté que estaba pidiéndole que donara sangre, no que tuviera sexo con él.

Para entonces, como familiares de un seropositivo, el consejo estatal del sida -control gubernamental para la enfermedad- nos hacía presentarnos a pláticas con psicólogos, médicos y una sarta de personajes que no sólo no resolvían nada, sino que por el contrario

hacían nuestra vida más infeliz y el camino más difícil de lo que ya era. Nunca olvidaré que después de ver a todos los amigos y conocidos, mi madre consiguió que en la Cruz Roja se le hiciera una transfusión. Desde que entramos al lugar, la gente se alejaba de nosotros; al salir, en cuanto lo pusieron en una silla de ruedas, pudimos ver cómo quemaban en frente nuestro todo el instrumental y la cama donde había estado por menos de una hora.

En algún momento de la búsqueda por un médico para tratarlo, y después de ver cómo enfermeras, sacerdotes y psicólogos literalmente salían corriendo de su cuarto sólo al verlo u olerlo, mi madre acudió a ver al hijo del que fuera nuestro homeópata de toda la vida, el Dr. Burgos; él accedió a visitarlo en casa y a intentar tratarlo. Al mismo tiempo, mi tía Diana, desde Monterrey, había encontrado un médico, el Dr. Cantú, que tenía pacientes seropositivos sin desarrollar la enfermedad al aplicarles tratamientos experimentales con magnetoterapia. Junto con otros tres médicos, vinieron a visitar a Morelia al tío Lalo, nos explicaron que todo debía desarrollarse en absoluta discreción porque había un tratado internacional firmado por México que prohibía tratar pacientes con sida, y si los servicios gubernamentales nacionales se enteraban de su intento por recuperar su salud, ellos perderían de inmediato su licencia para ejercer su profesión.

Pidieron el permiso de tío Lalo para documentar su caso y le aplicaron pruebas de VIH a las que dio positivo, tres meses después de estarlo tratando volvieron a aplicarle las pruebas a las que dio negativo; estábamos entonces muy esperanzados en casa, sin embargo, murió dos días después. El Dr. Burgos expidió un certificado de defunción que decía que había muerto de anemia para evitarnos las consecuencias que vendrían si éste dijera “muerte por sida”.



Lo cremaron el mismo día que murió y la comitiva fúnebre fueron el abuelo, mis padres y mis tres hermanas. Yo no asistí pues estaba en exámenes finales de mi último semestre de la escuela preparatoria. Justo antes de presentar mi último examen, tuve un colapso nervioso y el llanto no me permitió presentarlo; gracias a que había mantenido un buen desempeño a lo largo del semestre, me dejaron irme a casa; cuando llegué, encontré sólo sus cenizas.

Como familia, tuvimos que seguir en contacto con los servicios de salud en el estado para un supuesto seguimiento. A los 17 años me aplicaron mi primer prueba de sida. Recuerdo que a la entrada del consejo estatal había un poster inmenso que decía: “Abrázame, no puedo contagiarte”, y al médico en turno, sin responder a mi saludo de mano cuando llegué, justo frente al cartel. Después me pasaron a un pequeño cubículo y la primera pregunta del test fue: “¿cuántas veces tiene sexo anal al día?...” Pensé ¿eso se puede? Di negativo a todas las pruebas.

Después de haber perdido a mi tío, tuve un par de certezas: Una, que si lo que lo mató hubiera sido un virus, ahí mismo hubiéramos muerto todos con él; y la segunda, que un condón no iba a librarme de la enfermedad en caso de contraerla.

Al poco tiempo, me enviaron muy a mi disgusto, a estudiar a la Ciudad de México. Pasé ahí cinco años en los que me apliqué otro par de pruebas de sida, dando negativo en ambos momentos. Al terminar mi carrera en Comunicación en la Universidad Nacional, volví a Morelia a vivir con mi padre, a quien nunca pude dejar de extrañar, él fue siempre un ser carismático, amoroso y encantador conmigo.

Justo en esa estancia, muy acostumbrada a desvelarme por el trabajo y los estudios, veía la televisión una madrugada y me encontré con un programa de entrevistas de reciente creación en Televisión Azteca, a cargo del periodista Sergio Sarmiento, quien tenía como invitado a un médico colombiano especialista en enfermedades tropicales radicado en Nueva York, el Dr. Roberto Giraldo (1), que hablaba de lo que yo nunca había escuchado acerca del sida.

Sus postulados fundamentales eran que la enfermedad no la causa un virus y por lo tanto no es infecto-contagiosa; que sí se cura al ser realmente un estado tóxico-nutricional reversible, al que se llega por la exposición repetida a un cúmulo de agentes estresantes; que las pruebas de detección no son específicas al vih -pues nadie jamás lo ha encontrado, ni aislado- y que dan positivo en casos muy diversos a la presencia de un virus, como haber tenido hepatitis o haber sido vacunado por ésta enfermedad o por tétanos; estar embarazada después de varios partos; haber recibido el trasplante de un órgano o una transfusión sanguínea; tener herpes, malaria, lepra, tuberculosis, fallas renales, artritis reumatoide, lupus, esclerosis, hemofilia y varios más; que los tratamientos antirretrovirales que se usan para atacar al supuesto virus causan sida en personas sanas; etcétera.

Cuando escuche al doctor Giraldo, su información me sonó mucho más congruente de lo que yo había oído tradicionalmente respecto del sida, y lo único en lo que podía pensar era que mi tío Lalo había muerto sacrificado por exceso de estupidez de la ciencia médica moderna y sus supuestos sin comprobación.

Es por todo esto que cuando conocí a Carlos, el padre de mis hijos -de quien yo sabía por un amigo común que había sido curado de sida en el Tíbet-, e intentó darme un beso por primera vez, no pude negarme y en lo menos que pensé fue que a partir de ese momento yo empezaría a morir de sida. Así comenzó ésta historia.

## I. A VIVIR AL MAR

A Carlos Escudero, lo conocí en un encuentro de poetas que no sucedía hacía 25 años en mi ciudad natal, Morelia, en Michoacán, México. Ambos trabajábamos para el entrante gobierno de izquierda en el estado, recién comenzado el siglo. Curiosamente, el día que nos conocimos, él llegaba a la ciudad a trabajar con quien yo estaba abandonando -por falta de pago después de seis meses-, el asesor de cultura del gobernador Cárdenas Batel (de tan triste memoria), un tal Luis Juárez de quien había sido chofer, corrector de discursos y relaciones públicas.

A Carlos, lo liga con la política a través de la memoria de su madre, Irma Albarrán Osornio, quien fue fundadora del principal partido de izquierda en nuestro país (Partido de la Revolución Democrática), junto con otras mujeres importantes como Elena Poniatoska; y a mí, que nunca antes había estado ligada con el trabajo político, me movía la idea de contribuir contra el avance de la derecha, que entonces dirigía el país desde el gobierno federal de Vicente Fox, que todos recordaremos como el precursor de la acefalía en México.

Nos conocimos sin saber que ambos trabajábamos para el mismo Juárez. Él me ofreció fuego para un cigarro en el lobby del Teatro Ocampo en el receso de la primera sesión del último día del encuentro, dedicado a homenajear a Alí Chumacero. No podíamos imaginar entonces todo lo que pasaría al vernos. Minutos después de conocerlo, me di cuenta de que venía con la misma gente de la que yo me quería desliar. Comprendí que era el tan esperado

ideólogo de las propuestas del asesor, que llegaba recién de Cuernavaca, donde aterrizó después de vivir tres años en India, sitio también de coincidencia con Juárez a quien había encontrado en la peor circunstancia y le había ofrecido trabajo de pinche en su restaurante en Dharamsala, “La Lupita”. La invitación de trabajo a Michoacán, de algún modo tenía que ver con devolver ese favor y el de haberle presentado a su esposa en aquellos lares -Willow, una norteamericana que lo abandonó después de los avionazos de Nueva York en 2001.

Esa tarde yo no asistiría a la sesión final del encuentro de poetas; iría a ver películas a casa de una buena amiga, América Delgado. Por alguna razón, ya en el camino, al pasar por el centro de la ciudad -cerca del teatro sede del encuentro- decidí quedarme e ir a casa de mi madre, donde vivía recién por algunos azares del destino. Habiendo caminado un par de cuadras, me encontré con algunos buenos amigos de la universidad, Janik Granados, Rolando Prado, Gabi Guerrero y Elvira Durán -biólogos todos- que venían justo del encuentro y decidimos ir juntos a tomar un café de regreso en el Teatro Ocampo.

Casi por llegar, escuché un grito eufórico que me decía: “A ti te estaba buscando”. Era Carlos que se nos unió al plan del café y pasamos un par de horas platicando del trabajo en el gobierno. Esa noche, al enterarme que Juárez lo había dejado en Morelia sin dinero por ir al *petite comité* de la clausura de los poetas -mientras que Carlos se estaba hospedando en Pátzcuaro-, lo lleve a su casa. No nos hemos separado desde entonces.

El trabajo con la izquierda resultó tan *fake* como la posibilidad de encontrar vida en Plutón, así que después de algunos meses de idear proyectos gratuitos, Carlos decidió también dejar la política y financiar su estancia en Michoacán con sus dotes culinarias. Para aquel

momento yo trabajaba con los ornitólogos de la Universidad estatal y vivíamos juntos en el hotel Vista Bella, un sitio lindísimo donde él había encontrado trabajo como el cocinero principal. No hay nada comparable al *room service*, habría que añadir... Eso, aunado al cable en televisión, una buena cama y agua caliente todo el día, hacían de la estancia una suerte de pequeño paraíso.

Cuando nos enteramos que estábamos embarazados, decidimos abandonar todo y mudarnos a vivir a la playa. Para entonces, él cocinaba en promedio para trescientas gentes al día en horarios de 7 a.m. a 11 p.m., y yo había descubierto que habían sentado a la musa a tratar asuntos de medio ambiente justo al centro de 11,000 pájaros muertos. Algo que para los biólogos era “la colección”, para mí era una aberración del tamaño de la morgue donde los tenían cautivos -como si fueran a volar ya muertos; simplemente ininteligible, una de esas malas decisiones que se toman alegando los avances científicos. Con eso en la cabeza y la falta de descanso, no parábamos de vomitar los dos, así que llenamos de mochilas el viejo y nunca bien ponderado Grand Marquis de mi padre (q.e.p.d.) y fuimos hacia Puerto Vallarta, en Jalisco, donde Carlos había vivido veinte años antes y recordaba como sitio de gran virtud para el trabajo y el hogar.

Así comenzó el primero de nuestros viajes juntos. Salimos un día de mañanita y nos despedimos de Morelia, de donde nos íbamos sin muchas ganas de volver después de hacer mil trabajos mal pagados y con dos mil quinientos pesos en el fondo del tesoro familiar, quinientos de los cuales los destinamos a comprar artesanías michoacanas para llevar a la tienda de un amigo de Carlos en Vallarta. El viaje resultó calmo y sin sobresaltos, así que avanzamos a muy buen ritmo hacia el pacífico mexicano. Después de unas nueve horas de

viaje, estábamos a unos cuarenta y cinco minutos de llegar al puerto, cuando las luces del coche empezaron a fallar y decidimos 'pegarnos' detrás de un coche que iba delante nuestro para no errar el camino, pues la carretera era una cuesta sinuosa.

El chofer del coche delantero no comprendió que íbamos sin luces y se impacientó, intentando perdernos en una curva aceleró para rebasar a otro carro y nosotros lo seguimos, cuando terminó de rebasar nos encontramos a media curva en contraflujo con otro coche de frente; Carlos dio un volantazo y volvimos a nuestro carril, gracias a que el coche era grande e iba muy pesado no sentimos el menor sobresalto. Yo sólo pude decir: "Qué buenos reflejos mi amor". No habían pasado ni quince minutos cuando escuchamos una sirena y en el altavoz un malhumorado que repetía gritando: "Párate hijo de la chingada, párate". Claro que nos detuvimos.

Resultó que el carro que habíamos encontrado de frente era de la Policía Federal de Caminos -conocidos en nuestro país por su poca paciencia y sus ganas de obtener dinero siempre que se puede. Al bajarse Carlos del carro, comencé a buscar la tarjeta de circulación y me di cuenta de que no estaba... Para ese momento, la discusión era realmente álgida entre los dos policías que se habían salido de la carretera después del encontronazo con nuestra 'megalata'. Al notar que la discusión subía y subía de tono, bajé del coche haciendo notar mi minibarriga de embarazada, rogando a todos los santos que eso sirviera de algo.

Cuando los oficiales me vieron, su primer reacción fue regresarme al interior del coche, pero no hice caso y me uní a la discusión; uno de ellos era joven y el otro era más mayor; éste segundo estaba realmente molesto, agitaba las manos y estaba fuera de sí, nos recriminaba

que una colisión con nuestro coche les hubiera quitado la vida... Bufaba verdaderamente como un toro y se puso peor cuando le dije que no debían permitir que los enviaran a trabajar en unidades tan endebles -comentario muy fuera de lugar, dicho sea de paso.

El más joven estaba ligeramente más calmado y se conmovió al notar que yo traía al crío en la barriga, pues ya para cuando aparecí en la escena los policías estaban a punto de llevarnos con todo y coche al corralón más cercano -lo que nos hubiera costado un dineral resolver; sin embargo, el más joven, al ver a su compañero tan desencajado, nos pidió que nos fuéramos. El mayor nos gritaba: ¡Y desaparezcan de mi carretera, si los vuelvo a ver me los chingo!... Con este pequeño altercado y a media hora de llegar a Vallarta, decidimos quedarnos en el siguiente pueblo. Así llegamos a nuestro destino.

Nos decidimos por un pueblito cuyo letrero en la carretera decía "Sayulita tres kilómetros". Ya estaba entrada la noche, por lo que no vimos gran cosa del lugar, salvo que era un pequeño pueblo junto al mar. Preguntamos dónde había un sitio económico para acampar y nos mandaron con "El Camarón", montamos nuestra casita para dos después de darnos cuenta que estábamos junto a la playa y caímos a dormir como desmayados. Muy temprano, al día siguiente nos despertaron cientos de zanates que dormían en las palmeras y amanecían saludando al sol.

Cuando abrimos la casa descubrimos que la vista era espectacular: El sol saliéndole a la pequeña bahía entre la bruma del mar era de éxtasis. Ahí confirmamos, como siempre, que no hay mal que por bien no venga. Nuestra estancia en el campamento del Camarón -como se le conoce al dueño- fue divertida, intensa y llena de buenas cosas. Ahí conocimos a Javi,



un astrólogo de Guadalajara que nos adoptó en cuanto nos conoció ese día, y quien al dejar el campamento por irse a rentar un departamento a un pueblo cercano a Vallarta -Bucerías-, compartió con nosotros parte de su equipo, y pasamos de ser los Robinson a los Radison. Después de una semana nos habíamos llenado de amigos de diversas partes del mundo y estábamos instaladísimos en una megacasa donde se podía estar parado y se convertía a tres habitaciones: en una instalamos el cuarto, en otra el recibidor, y en la tercera, la cocina.

Era como vivir en una postal en movimiento, el amanecer y el atardecer eran particularmente bellos y el mar estaba siempre calmo. Carlos era el más feliz nadando buena parte del día, el resto la pasábamos pintando tangkas -deidades budistas-, a modo de meditación, y descansando, hasta que nos acabamos nuestra reserva monetaria y comenzamos a cocinar para vivir. Para entonces él estaba bastante preocupado por nuestra supervivencia y las artesanías que habíamos llevado de Michoacán no habían sido del gusto del comprador, así que además de cocinar para vender en la playa, decidimos mercar nuestras cosas en la plaza local, donde de noche mucha de la gente que estaba de paso comerciaba y derrepente armaba pequeños shows con fuego y música, aprovechando el flujo de turistas extranjeros proveniente de Vallarta.

Para entonces, habíamos conocido a buena parte de los que se alojaban en el campamento y muchos de ellos eran clientes asiduos de la cocina de Carlos. Había un señor ya grande, Bob de Canadá, que estaba recuperándose por haber perdido un brazo en un accidente de trabajo y se acercaba siempre a invitarnos un café por la mañana; había hecho el viaje desde su tierra hasta el Pacífico en su coche, supongo que para demostrarse que todavía había cosas que podía hacer solo. Como él, contábamos con muchos amigos siempre dispuestos a

arrasar con cualquier cosa que se confeccionara en el día. Así también, conocimos a Adda Sánchez, entonces estudiante de medicina de Guadalajara y la primera y mejor de nuestros clientes, una gran amiga con quien estamos juntos desde el alma; ella es ya es doctora y acaba de ser madre de un lindo bebé a quien nombró “dios como un dios”... ¿Y cómo no, siendo hijo de un hada?

También en Sayulita conocimos a Mark Pierce, que con su mal español de entonces respondía a los saludos de los niños del pueblo diciendo: “Yo no soy pinche gringo, yo soy pinche inglés”; él acababa de bajarse de una embarcación de donde venía desde California y hasta donde sabemos sigue viviendo en aquella linda playa. Mark decidió nombrar a Carlos su maestro, después de haberlo alimentado por algunas semanas y de haberle convencido de dedicarse de tiempo completo a curar a través del Reiki, cosa que hacía muy bien y que eventualmente le dio de comer, le consiguió novia y una nueva familia. Otro personaje singular que llegó a nuestra vida con este viaje fue nuestro querido Felipe Altamirano, a quien consideramos un hermano de verdad; éste chileno hacedor de tambores caminaba libre por las playas como si las poseyera, o como si lo poseyeran ellas a él. Desde que lo conocemos, sin saber dónde buscarnos, nos ha sabido encontrar en tres diferentes locaciones y lo mejor es que una noche antes de su visita, yo sé que va a venir porque lo sueño.

Así, nuestra visita se hacía cada vez más linda y acogedora. Carlos tiene lo que mi padre llamaba un don de gentes, que es básicamente esta tendencia a socializar sin importar el sitio o de quién se trate: eso lo hace un tipo singular e inolvidable para todo el que lo conoce; esa peculiaridad suya nos abrió muchas puertas y nos dio muchos regalos en esa playita de

ensueño. En total, pasamos ahí unos cuatro meses. Para mí fue una eternidad porque nunca antes había pasado tanto tiempo en una playa y aunque le tengo algo de miedo a tanta agua junta, aprendí a vivir una vida sin temor cerca del mar y a disfrutar al máximo de los placeres que éste ofrece... La abundancia de fauna, el buen humor de la gente -es el único lugar donde he escuchado a un par de albañiles, mientras trabajaban, sostener una larga charla sobre la belleza de la luna-, el sabor inigualable del pescado fresco, el calor que da la arena en los pies descalzos... En fin, no puedo más que confirmar lo que dijo la canción: "En el mar, la vida es más sabrosa".

Como al mes y medio de haber estado en el campamento, pudimos rentar un departamentito donde se veían los espectaculares atardeceres, gracias a la ayuda económica de una exalumna de las clases de meditación de Carlos en Cuernavaca: Amparo. Su préstamo nos llegó justo el día que nos quedaban nuestros últimos veinte pesos en la bolsa, con ellos Carlos pudo tomar un camión para ir a Vallarta al banco -como siempre "rayando en *home*", como dicen en el béisbol. Pudimos entonces armar una cocina en forma, pues antes de eso cocinábamos con latas de alcohol sólido para unas 30 gentes al día. Nunca olvidaré a un chef de Albania que visitaba la playa con su pareja -un italiano guapísimo de tanga de leopardo-, quien después de probar unos tacos de marlín ahumado con cerveza oscura, chícharos y zanahoria no daba crédito al ver dónde se había cocinado tal manjar.

Al mudarnos al departamentito, dejamos de disfrutar de las virtudes de estar en la postal viviente y pasamos a ser un habitante más del pueblo pesquero. Carlos se levantaba tempranito para ir a Bucerías a conseguir filete de dorado del día y con él preparaba un cebiche de morirse. Además hacía un par de platillos más, a veces el marlin en taquitos

dorados, y otras una ensalada de surimi con aderezo de cebolla que recuerdo y me hace salivar de más.

Él tomaba su trabajo muy en serio -el estrés que se generaba era el mismo que le he visto después, al irse a filmar o dar entrevistas, por ejemplo-, sus filipinas debían estar bien blancas siempre y a eso de las once estaba ya preparando la mochila para irse a vender el cebiche a la playa. Me decía que si no llegaba a la misma hora a diario sus clientes ya habrían comido otra cosa. Cuando me veía tomarme el jugo que quedaba en el recipiente de la hechura del cebiche, se le caía la saliva de la boca y me decía: “Confiesa, no me abandonas porque cocino rico” -habría que decir que a mí no me sale un huevo con tortilla sin quemarse.

Así ganamos el respeto de los locales, para cuando nos fuimos, nuestra proveedora de verduras, Doria, que cuando nos conoció nos daba las cosas a un precio y al otro día nos lo subía, aplaudía nuestro esfuerzo de trabajo y había estacionado sus tarifas con nosotros. Para las tres de la tarde de cada día Carlos ya estaba terminando de vender su comida y yo lo estaba esperando al final de la playa con un lonchecito para desayunar, pintar, nadar y hacer una siesta juntos. Mientras lo esperaba, yo me dedicaba -con lo que entonces era ya una gran barriga- a tejerle cositas al bebé y meter los pies al mar de cuando en cuando. Luego volvíamos a la casa, nos dábamos un baño y nos preparábamos para irnos a vender nuestras artesanías -en su mayoría juguetes- a la plaza central por la tarde.

Recuerdo que un día olvidé pedirle que me dejara dinero para ir al Internet y lo fui a buscar al pueblo un poco después de que había salido de casa, por el camino me encontré a Felipe, el

chileno, y le pregunté si había visto a Carlos; sobándose la barriga, me dijo que afortunadamente sí, y que ya había desayunado con él; cuando le pregunté hacía dónde había ido, me señaló la playa y me dijo que lo último que había sabido de él era que lo perseguían un par de personas. Pensé que era broma. Cuando lo alcancé en la playa después de un rato, efectivamente había gente siguiéndolo para que les diera de comer. Todos los vendedores de plata, oaxaqueños en su mayoría, se habían hecho ya clientes de su cocina, había un par de norteamericanos dueños de negocios en el centro que le pedían platillos especiales y así se nos fue la vida en Sayulita, gracias a la buena comida que él llama 'cocina con mantra' -que no es otra cosa que repetir oraciones mientras la confecciona.

Algo curioso que Carlos hace antes de comenzar a preparar algo es que siempre invita “a todos los seres de luz que anden por ahí” a venir a alimentarse de los olores, pues según aprendió con los tibetanos, a los muertos también les da hambre y no pueden saciarse a menos que alguien los invite a comer. Ese es uno de los secretos de su éxito culinario, según asegura, yo insisto en que es el sabor.

Al acercarse la temporada de lluvias seguíamos viviendo en la playa, el calor subía de intensidad, igual que la cantidad de mosquitos, y en esa medida bajaba el flujo de turistas. Carlos comenzó a preocuparse porque yo fuera a dar a luz en esas condiciones y por el paludismo para el recién nacido. Así que decidimos volver a Michoacán, a parir a nuestro hijo en Pátzcuaro, que se localiza justo a la mitad del camino entre Morelia, donde yo nací, y Ario de Rosales, donde él nació.

Salimos de Sayulita un día muy temprano para evitar el calor en el camino, dejando muchos amigos y con el mar metido en las entrañas y la arena todavía en las toallas, la ropa, los tapetes, la despensa *and all over the place*; y, con la certeza de que volveríamos a intentar vivir en aquel pueblo pesquero de ensueño alguna vez.

## II. A PARIR A PÁTZCUARO

Cuando nos encontramos frente a la perspectiva de volver a Michoacán, nunca pensamos en Morelia como una opción, pues a ambos nos había ido bastante mal en términos de retribución monetaria para nuestro trabajo. Además, a Carlos le disgustaba la idea de pensar que su hijo fuera moreliano, y yo no me imaginaba mi parto en Ario de Rosales, así que todavía en la playa, al platicar del tema, decidimos movernos a Pátzcuaro. Este sitio era considerado por los Phurépechas -los pobladores indígenas originales que milagrosamente habitan aún la zona y su supervivencia es y será tema de mil libros más- como la puerta por donde los dioses entraban al mundo de los humanos y era además sitio de recreo para su nobleza.

Ahí, Carlos había vivido parte de su infancia en compañía de su madre, la tan recordada Doña Mimis, quién entonces fungía como encargada de turismo local y para entonces había logrado hazañas como pavimentar todo Ario desde la administración pública, hecho que consta en una placa de la plaza principal aún hoy en día. Ahí también, estaba parte de su familia paterna, por quien están emparentados con Doña Carolina Escudero, esposa del General Francisco J. Mújica, uno de los precursores de la izquierda nacional y amigo del General Lázaro Cárdenas del Río, único presidente socialista en México, recordado por haber nacionalizado la industria petrolera a principios del siglo pasado. Así, con esos recuerdos en mente, volvimos a aquel bello paraje.

La noche que llegamos, no sabíamos muy bien donde alojarnos, porque como siempre nuestros recursos monetarios andaban algo bajos, así que una vez en Pátzcuaro comenzamos a pensar en algunos amigos a quienes a podíamos pedir asilo por un par de noches, en lo que encontrábamos una casa para la estancia. Teníamos en mente a un par de matrimonios de amigos que vivían solos -quiero decir sin hijos-, así aparecieron en nuestra agenda Carmen, Rodolfo, Tamara y Andrés. A Carmen González Soberanis, a Tamara y a Andrés Camou, los conocí por mi trabajo de tesis con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en el Instituto de Ecología en Morelia a fines del siglo pasado, y son como mis hermanos. Con Rodolfo Díaz Jiménez, el marido de Carmen, tengo también muy buena relación de amistad y un gran lazo de cariño; todos vivían entonces en Pátzcuaro por su trabajo, y yo tenía la confianza de poderles pedir alojamiento aunque no hubiéramos avisado con anticipación de nuestro arribo.

Aunque habíamos comprado algunas cosas para prepararnos sandwiches, decidimos ir a cenar antes de molestar a nadie y, como siempre desde que estamos juntos, las cosas se resolvieron mágicamente. Carlos me había dicho que iríamos a cenar con un amigo suyo a un sitio donde se comía muy rico. Una vez en la taquería “Las Delicias”, Tano, el dueño, nos recibió con una sonrisa encantadora y nos sirvió ahí mismo unos tacos campechanos de bistec con chorizo que no quedaban nada mal con el nombre del sitio.

Como es tradicional en México, comenzamos a comer parados junto a donde estaban cocinando, pero por mi avanzado estado de embarazo, me invitaron a pasar al localito contiguo; al pararme por un refresco me di cuenta que había un letrero escrito a mano en una cartulina fosforescente que decía “Se renta casa”... No lo podía creer. Llamé a Carlos



que para entonces se ponía al día de las noticias locales con Tano, y le mostré el letrero...  
Me sonrió.

Cuando terminamos de cenar, Tano se quitó el mandil y nos llevó en su camioneta a ver el lugar. Había sido la casa de su madre y estaba en la parte frontal de su granja junto con otro par de casitas. Cuando llegamos, lo primero que me gustó es que era un sitio acogedor, de arquitectura tradicionalmente phurépecha, tenía un pozo de agua en servicio al frente, techo de teja roja con tapanco, porche al frente para sentarse a ver llover sin mojarse, era de color lila por dentro y por fuera, y lo mejor, la renta era de seiscientos pesos -cuando sabíamos que los amigos pagaban por sitios un poco más grandes no menos de mil quinientos. Ahí mismo dijimos sí y Tano nos ofreció echarle una limpieza al día siguiente para que nos mudáramos de inmediato. Era un lugar de ensueño y a mí la idea del pozo de agua me daba una certeza de que la comida ahí no nos faltaría.

Una vez apalabrado el lugar, Carlos recordó que la casa de su tía Carolina, para entonces ya debía haber sido rentada por el gobierno estatal, trámite que él había gestionado para salvar el inmueble del abandono y echar a andar lo que él llamaba el “Laboratorio de la Paz”, que incluía rehacer la biblioteca, mantener vivo un sitio para congresos, rehacer el jardín botánico de Doña Caro Escudero y mantener oficinas para el equipo de trabajo que debía gestionar la visita de artistas a las comunidades del estado donde hubiera problemas de violencia, en el intento de detectarlos y desactivarlos antes de suceder.

Cabe decir, que para entonces en Michoacán, muchas comunidades presentaban serios problemas en temas como la falta de certeza en la posesión de la tierra y el manejo del agua,

el acopio de armas, las matanzas por el narcotráfico, la entrada de religiones distintas a la católica, se sabía de la presencia de grupos terroristas -como los etarras de España- y que había lugares donde la autoridad simplemente no tenía acceso, asuntos todos que daban sustento al proyecto. Así, esa noche llegamos de 'ocupas' a la Tzipecua -que traducido del phurépecha significa la casa de la alegría- decididos a acampar ahí un par de noches. Por lo demás, ahí mismo fue donde habíamos concebido a nuestro hijo meses antes.

Al llegar, nos dimos cuenta que el edificio principal -de seis inmensas habitaciones- se encontraba cerrado, pero no el departamento contiguo que estaba abierto y los servicios de luz y agua habían sido habilitados ya, así que nos estacionamos en un sitio cercano y bajamos algunos hedredores y almohadas para quedarnos en lo que alguna vez fueran las habitaciones de León Trosky.

Justo cuando estábamos bajando nuestras mochilas, llegó una camioneta con un par de señoras que, al saber que Carlos era el sobrino chef de Doña Carolina, le pidieron que les ayudara a resolver un problema enorme: Cocinar para sesenta gentes que venían de diversas partes del mundo a una reunión medioambiental de la ONU y cenarían en el excolegio Jesuita en un par de días. Así, volvimos a cocinar recién llegados a Pátzcuaro y el sitio nos recibía con casa y trabajo a menos de veinticuatro horas de nuestra llegada. Comprendí entonces que los milagros sí suceden.

Al día siguiente amanecimos entre la belleza del lugar, las ventanas semejaban las de 'Tiffany' en algún museo neoyorquino, los pájaros cantándonos alrededor y la inigualable vista del lago a lo lejos fueron la confirmación de que volver había sido una buena idea. Por

lo demás, la temporada de lluvias en Pátzcuaro es la mejor época del año para estar, pues el frío no es tanto como en invierno y de arriba a abajo se pintan los montes, las laderas y los caminos de verde; es también el tiempo en que se recogen las cosechas de temporal y las hortalizas dan sus frutos, así que la economía está ligeramente más activa de lo normal y la gente anda contenta haciendo sus trueques y mercaderías. En ese marco de colores y olores fabulosos Pátzcuaro nos recibió con sus vistas donde el tiempo simplemente no ha pasado.

Al día siguiente desayunamos tempranito después de tomar nuestro café mañanero y nos fuimos a conocer las instalaciones de la cafetería del excolegio Jesuita donde cocinaríamos. El sitio se encontraba bastante abandonado, de donde levantábamos algo salían cucarachas, aunque en el área de atención al público se veía bastante bien y en uso, con decoración linda, muebles caros y manteles muy combinados. La cocina era un desastre, así que comenzamos a limpiar de arriba a abajo. Como iba a ser una larga tarea, decidimos ir a ver a Tano para recibir la casita morada, descargar nuestras cosas e instalar la cama para poder volver a dejar la cafetería en uso para el día siguiente, además, necesitábamos algunos implementos de cocina que teníamos metidos al fondo de la cajuela.

Recibimos la casa en excelentes condiciones, dejamos nuestras cosas y volvimos a la larga tarea de dejar la cocina limpia para el banquete, pues no queríamos cucarachas en la sopa. Terminamos ya tarde y Griselda, la administradora del lugar no podía creer de dónde salía tanto animal. Llegamos ya tarde a nuestra primera noche en la nueva casa para preparar todavía algunas cosas para la fajina que nos esperaba y caímos rendidos y contentos de tener donde dormir.

Al día siguiente, la cena estuvo lista después de miles de desorganizaciones, pues la administradora de la cafetería se dedicó más a beber y hacer relaciones públicas que a reunir lo necesario para el banquete; para cuando comenzaron a llegar los invitados de la ONU, ella estaba ya bastante ebria sentada con sus amigas en una mesa que parecía más de boda de pueblo que de cena de gala. Pero, como es costumbre de Carlos, las cosas salieron bien y la cena estuvo a tiempo con todo lo necesario para servirse.

Hubo al final unos setenta invitados que disfrutaron de un delicioso pollo a la cerveza con cebollitas de cambray, dal -un platillo hindú confeccionado con lentejas, curri y papa-, arroz a la jardinera y otro par de platillos. Todo quedó en su punto, y para las diez de la noche Carlos estaba explicando en hindi, inglés y alemán a los comensales vegetarianos cuáles platillos no llevaban carne.

Esa noche volvimos contentos a descansar y sólo hubo una salvedad. Yo me estrené como pinche de verdad ese día, pues nunca antes había ayudado a cocinar para tanta gente y no tomé la previsión de taparme bien al salir después de todo el día dentro de la cocina, de modo que cuando llegamos a acostarnos en casa me dieron unos terribles calambres en ambas piernas. Carlos se volvía loco untándome alcohol para que cesaran, pero no sucedía, pasé unos veinte minutos con las piernas engarrotadas y unos dolores horribles por la enfriada, hasta que recordé a mi querida Janik diciendo que “los calambres se quitan con sal de mar” y así fue, en cuanto tuve un puñito de sal de grano en la boca, los calambres me dejaron en paz y pudimos descansar después de unos días bastante agitados.

Ya con casa y un poco de dinero extra, pudimos terminar de instalarnos. Trajimos la computadora de mi padre de Morelia para trabajar nuestros textos, unos silloncitos de piel argentina que pertenecieron al tío Lalo, un tapete persa de Janik y Rolando, un colchón de Carmen y Rodolfo, y una mesa con dos sillas donadas por otros amigos conformaron nuestro nuevo hogar. El resto lo resolvimos con huacales de madera -que en mi tierra se usan para transportar fruta- bien pintaditos de blanco. Carlos entonces promovió su cocina localmente y tuvo un par de eventos grandes, como un banquete para unas cuatrocientas personas, lo que nos dio de comer y para la renta hasta que nació nuestro bebé. Además había comenzado a impartir clases de meditación activa en casa a través del sistema de pintura de tangkas que había aprendido con los tibetanos en el norte de la India.

De esa manera conocimos a Margarita y Frank, ella era la única alumna y yo, por añadidura, la otra. Margarita es una mujer mayor de la capital del país que al jubilarse de su trabajo en la telefónica nacional decidió salir de vivir en la Ciudad de México, y Frank su pareja, es un encantador viajero alemán que se salvó de morir intoxicado por plomo al conocer a la Margara -como le digo yo de cariño. El había estado de voluntario con la madre Teresa de Calcuta por siete años y ahí, por consumir el agua de la localidad había adquirido tal afección, y ella lo había salvado gracias al naturismo aprendido con la vida y a sus conocimientos en Tsiatsu que acrecentaba día a día. Su compañía fue siempre grata y los cien pesos que nos llevaban cada jueves de la clase nos salvaban de morir de inanición.

Para entonces yo había comenzado a ir al seguimiento del parto al hospital regional, donde sabía que trabajaba como ginecóloga una compañera de la escuela de mi hermana mayor y amiga de la familia -Olimpia Ledezma-, pues de otro modo, por lo avanzado del

embarazo no me hubieran recibido en ningún sitio público donde se atiborran las camas con las parturientas de todos los pueblos del lago. Sin tener muy claro aún cuándo nacería mi hijo, falté a la última cita con la ginecóloga, una vez que supe que mi bebé estaba sano desde un par de ultrasonidos, y de que se me había avisado también que no sería parto natural, pues el niño venía sentado.

Así, un viernes 18 de julio me levanté de mañanita con mi gran barriga a lavar algo de ropa junto al pozo y me dediqué luego a limpiar la hortaliza que habíamos armado en un pequeño espacio del jardín común con aroglu, tomates, chile, cilantro, maíz enano, sávila y ajos; justo cuando iba terminando, comencé a mover unas piedras grandes que me estorbaban para plantar algo más, y mi vecina al verme me dijo que ya no estaba para esos trajines, al tiempo que me contaba que la noche anterior había soñado que yo daba a luz.

Terminé mi labor matutina y entré a la casa, donde Carlos trabajaba con la computadora y había ya preparado el café y calentado el agua para bañarnos -la casa era antigua y tenía todavía boiler de leña, así que la tarea requería de cierto tiempo, bastante paciencia y algo de pericia. Mientras me preparaba un té en la cocina se me rompió la fuente: la sensación fue muy extraña y no sabía si me había vuelto incontinente por la megabarriga, así que sin comprender muy bien que pasaba, dejé lo que estaba haciendo y le hice saber a Carlos que estábamos por parir. Mientras él alistaba una maletita para mí y el bebé, daba vueltas sin saber muy bien qué buscar ni dónde, y yo todavía me tomé un tiempo para bañarme.

Como a las doce y media del día estábamos saliendo al hospital -que se ubica justo detrás de la basílica de la Virgen de la Salud en el centro de Pátzcuaro y es el único sitio de la

ciudad desde donde se ve el lago- y como había algo de tráfico, llegamos casi a la una de la tarde. Al llegar, vimos un letrero en el que se avisaba que no había ginecólogo para la tarde, como todavía no eran las dos, hora en que los médicos cambian de turno, supusimos que estábamos a tiempo, pero no, el ginecólogo que había, al ver una mujer a punto de parir, huyó.

Me pasaron a una camilla de espera para avisarme que debía irme a un hospital en Morelia, Uruapan o Ario de Rosales porque ahí no podían hacer nada, mientras comenzaban mis contracciones; al saber esto, Carlos pidió que se nos hiciera un traslado firmado por el director del hospital para que se nos recibiera en otro sitio y que se nos facilitara una ambulancia, pues las opciones que se nos daban son ciudades todas que están a una hora de camino desde Pátzcuaro. Le avisaron que no era posible porque el director no estaba y la ambulancia no había quién la manejara.

Para entonces todos los pasantes de medicina del sitio había venido a manosear y a cerrarle el ojo a la única mestiza sin calzones en kilómetros a la redonda, hasta que uno de los pseudo médicos me hizo saber que tal vez “mi hijo necesitaría de algún tratamiento especial al nacer”... De entrada, no comprendí de qué hablaban, hasta que alguien mencionó que el agua de la fuente venía con meconio, por lo que hice entonces la relación -por los textos que había leído antes- de la falta de oxígeno para el bebé a quien le urgía salir y estaba a punto de empezar a tener problemas, pues ya había defecado dentro de mi barriga, con lo que podían venirle infecciones en los ojos, los pulmones, los riñones y miles de complicaciones más.

Cuando le avisé a Carlos cuál era la situación se enojó verdaderamente, para entonces una de las señoras en la sala de espera ya le había dicho que ni se desesperara, que ahí “así era”, y que una de sus hijas la semana anterior había parido en el baño porque nunca nadie la atendió. En el momento en que le dije que nuestro hijo iba a quedar idiota porque estos animales -con el respeto que los animales me deben- del hospital no eran capaces de hacer una cesárea a tiempo, llamó a Morelia en donde había conocido recién a la secretaria de Salud del estado -la doctora Austria, gracias a quien mi hijo está sano y desde aquí agradezco- para explicarle cuál era la situación por la que estábamos pasando y ‘milagrosamente’ a los diez minutos habían aparecido el director del hospital, la ginecóloga, tres enfermeras, un pediatra y un anestesiólogo para ponerse a nuestras órdenes y amablemente llevarme a la sala de expulsión que estaba ya lista para hacerme una cesárea.

*Putísima salasión* -diría mi padre. Si Carlos no hubiera tenido la fortuna de conocer a alguien en el gobierno, mi hijo se hubiera quedado pudriéndoseme en la barriga hasta morir. Ahí para mí comenzó una suerte de incompreensión con lo que pasa con los servicios médicos de salud pública en México, donde al enfermo se le trata peor que a una res en el matadero.

Tiempo después, Doña Licha (q.e.p.d.), la mamá de Tano, mi casero, me contó como a ella el último de sus hijos se le murió dentro en ese mismo hospital, pues cuando estaba por parir, los médicos se habían ido a un congreso en el que tardaron tres días y nadie fue capaz de trasladarla a otro sitio o de hacerle saber cuáles eran los riesgos de su condición; para cuando volvieron para operarla, ella misma estaba a punto de morir. Para mí, vivir en Pátzcuaro y en los pueblos del lago representó el enfrentarme con la cruel realidad que viven los indígenas de mi país: la ignorancia, las constantes faltas de respeto y los atropellos por



los que pasan mis gentes son de hace tres siglos. Ahí -como un antropólogo alguna vez me diría de Chiapas-, nunca llegó la Revolución.

Al fin, después de gritos, sombrerazos y una hora de cesárea, nació nuestro hijo completamente sano pesando tres kilos y medio y midiendo cincuenta y seis centímetros. Yo quedé como Frida Khalo, partida por la mitad, pues la operación al ser de emergencia la hicieron con un corte del ombligo hacia abajo. Como me durmieron con una de estas inyecciones en la espalda, pude estar consciente para ver a mi hijo limpiecito al nacer y mirarme con sus grandes ojos de gato, iguales a los de su abuela Mimis (q.e.p.d.), la mamá de Carlos que hubiera estado orgullosa de su hermoso nieto recién nacido.

Por lo demás, una vez que el bebé nació y yo estaba completamente sedada me preguntaron si me ponían un DIU (dispositivo intrauterino para control natal) y respondí que sí, lo mismo que hubiera dicho si me hubieran preguntado en ese momento si quería recibir unas cuántas puñaladas en los riñones. La decisión médica resultó una barbarie, pues cada vez que el bebé tomaba leche de mis senos, mi útero se contraía y el diu famoso se me enterraba en lo más profundo de mis interiores.

Ya en la cama de recuperación nos visitaron muchos amigos y cada uno llegó un regalito monetario gracias a lo que pudimos pagar los mil quinientos pesos del parto que no habíamos completado, pues nuestro ahorro se había ido en pagar las medicinas necesarias para la operación. Pasé dos noches en el hospital junto con mi bebé que no tuvo empacho en agarrarse de inmediato a comer de mi teta y salvo por la sonda y la partida de barriga, nos fue bien.

Compartíamos habitación con otras tres mujeres. Una había parido el mismo día que yo a un lindo purepechita muy sano y su apellido era Feliz; otra estaba de siete meses y tenía dolores peores que los de parto por una infección urinaria que estaba poniendo en riesgo a su bebito; la tercera era una jovencita de quince años que recién había dado a luz a su segundo bebé, por lo que los médicos del lugar le estaban recomendado hacerse una ligadura definitiva de trompas para dejarla estéril por siempre jamás... Cuando lo supe, no podía creerlo, cada vez me convencía más de que el sitio estaba lleno de todo, menos de médicos de verdad.

Así pasamos ahí dos noches con mi bebé y al fin apareció Olimpia, la amiga, sólo para confirmar que el bebé y yo nos encontrábamos en buen estado y para avisarme que si era capaz de levantarme a tomar un baño y defecar podría dejar el hospital; al intentar dejar la cama con ayuda de la enfermera y de mi madre, las lágrimas me rodaron hasta los pies y la sonda se movió lastimándome en sitios inimaginables, en ese momento comprendí que lo peor de la cesárea estaba aún por venir. Ya para entonces, para ponerle sal y pimienta a mi situación, ambos pezones se me habían partido por la mitad y me estaban sangrando por dar de mamar al bebé en una mala posición, así que sólo me faltaba que entrara un perro a orinarme. Cosa que por fortuna no sucedió.

Al fin, pasé tres noches en el hospital y al cuarto día pude pararme a bañar y gracias a un medicamento naturista que me recetó Olimpia, pude defecar sin mayor problema, así que me dieron de alta; para los pezones me recomendó untarme miel y exponerme desnuda al sol - difícil cosa pues el patio era comunal y mi megaherida no me permitía moverme mucho. Salí

del hospital enredada en un rebozo por falda y con una sudadera de Carlos, pues para cuando me dieron de alta ya nadie sabía donde había quedado mi ropa.

Con la galanura completamente perdida, como diría el tío Lalo, llegamos al fin a casa donde pasé los cuarenta días reglamentarios sin salir más que al baño, Carlos me ayudaba a bañar al bebé y hacía nuestra comida y los deberes del hogar, pues yo no era capaz ni de pararme sola de nuestra cama, que entonces era solo un colchón de hule espuma sobre el piso. Cuando pude pararme después de mes y medio, lo primero que hice fue quitarme todo el pelo, que al momento de parir me llegaba a media espalda. No podía más con los dolores constantes y tan variados, como para además tenerme que preocupar por secarme el pelo en un sitio siempre húmedo. Carlos por poco llora al verme casi rapada.

Yo para entonces estaba pasando por una recuperación muy lenta, y había vivido un viacrucis yendo y viniendo al hospital regional para que me quitaran el DIU que malamente me habían puesto al hacer la cesárea. Cada vez, debía llegar a las 7 a.m. y esperar casi hasta las tres de la tarde para que se me avisara que ya no me podían atender; la espera era un suplicio, en el ínter tenía tiempo extra para deprimirme escuchando las historias de terror de mis amigas phurépechas a quienes los maridos golpean embarazadas y los médicos maltratan por dejarse. Acabé yendo a Morelia a ver a la amiga ginecóloga para que me deshiciera el chiste de sus colegas patzcuarenses.

Así comenzó nuestra vida, ahora con bebé. Una vez que me repuse un poco volví a los deberes y mi vida se volvió un constante “dale de comer al hijo, cambia de pañal al hijo y lávale la ropa al hijo”, que para entonces aún no sabíamos cómo se llamaría -pues siempre

pensamos que sería niña- y le decíamos cariñosamente “la megalarva”. Muchos amigos nos visitan para conocer al nene que era realmente bello y se portaba muy bien, las clases de meditación seguían sucediendo y él ahora era parte del sanga -como se conoce a la comunidad donde se medita.

Cuando tenía casi dos meses de nacido, nos enteramos que si no lo registrábamos ante las autoridades del estado seríamos multados y deberíamos pagar por ello. Así que nos dimos a la difícil tarea de buscarle nombre a nuestro hijo. Ninguno nos gustaba, Carlos me decía uno y yo le decía que no, a mí se me ocurría otro y a él no le agradaba, así pasaron los días y nuestro crío seguía siendo “la megalarva”, hasta que recordé un nombre que desde muy chica siempre me había gustado para un hombre, era Paulo, cuando se lo dije al papá sonrió y me dijo “sí, es lindo”. Así decidimos llamarle y además le nombramos Roberto, ahora les digo por qué.

### III. CÓMO SURGIÓ MONARCAS

Al poco de tiempo de conocer a Carlos, me contó que acababa de terminar de escribir un libro en el que relata cómo había sido curado de sida en India, por los tibetanos. Al saberlo, le ofrecí corregirlo, pues tradicionalmente, una labor que he desarrollado en mi profesión es la corrección de textos. Así comencé a pelearme con él por los cambios que había que hacerle a *VIH, la puerta a la iluminación*, hasta que un buen día, después de un par de meses de trabajo, quedó listo el texto y dejamos de sostener esas largas discusiones autor-editor.

Una vez terminado el trabajo de corrección, le entregué una versión impresa del texto y una en disquete y con una gran sonrisa le dije: “Felicidades, ahora ver quién te lo publica”, sabiendo que la opinión tradicional respecto del sida es que se trata de una enfermedad mortal. Para entonces no vivíamos aún juntos y yo estaba cuidando la casa de la familia de América Delgado, quienes se encontraban entonces por cosas de trabajo algunos, y de placer otros, en Barcelona. El sitio contaba con Internet, así que pudimos dedicar algunas horas a navegar buscando un sitio donde les interesara tener el libro con la descomunal historia del Carlos, pues nos parecía más factible lograr subirlo al Internet, que su publicación en papel por una editorial.

En unos quince días de búsqueda él encontró al Instituto de Estudios de Salud Natural (IESN) en Chile (2), quienes en su sitio web contaban con muchísima información acerca de

cómo el sida es curable a través de la nutrición y la desintoxicación, de cómo las pruebas dan positivo en casos muy diversos a la presencia de un virus, los riesgos de tomar antirretrovirales, etcétera. Imprimió los índices de su información y me los mostró sin dar crédito aún al hallazgo.

De inmediato lo animé a escribirles y aunque no estaba muy convencido, pensando que no les interesaría su libro, envié un correo electrónico haciéndoles saber del contenido y esbozando parte de la historia. Ellos respondieron de inmediato, a través de su director Luis Valenzuela, quien agradeció que Carlos existiera y viviera para contar su historia; le hicieron saber que era bienvenido en su sitio web y que en cuanto quisiera podía enviarlo para su publicación.

Fue así como en 2002, *VIH, la puerta a la iluminación* vio la cyberluz y de ahí pa'l real -como decimos en mi tierra-, lo demás ha sido una locura tras otra. Al poco tiempo de haber enviado el libro a Chile, nos contactó el Dr. Roberto Giraldo -el mismo a quien yo viera por televisión años antes con Sarmiento- desde Nueva York para hacerle saber a Carlos que le interesaba escribir el prólogo para su libro. No lo podíamos creer, nos parecía como un milagro que ahora el texto tuviera el sustento de la medicina que de algún modo le faltaba, pues en él no se incluía ninguna explicación acerca de cómo fue posible en su caso curar el sida y para Carlos había sido un milagro de la fe, más que una certeza de la ciencia básica lo que le había sucedido. Hasta entonces.

Después de estar en contacto con Roberto y ser gratamente sorprendidos por su sencillez, vitalidad y buen humor, fue que decidimos ponerle su nombre a nuestro hijo, pues como bien

ha dicho Carlos algunas veces públicamente, quisimos hacerle un homenaje vivo a su perspectiva de salud, entre tanta muerte que promueven el *stablishment* médico mundial y sus cómplices, los laboratorios de medicina halópata que invierten millones en elaborar y distribuir su basura antirretroviral, sabiendo que nunca han curado a nadie.

Recién llegamos a Michoacán después de volver de la playa y ya con el libro de Carlos publicado por el IESN, Roberto lo invitó a participar de una charla que impartiría en Matamoros, Tamaulipas a fines de Mayo del 2003, donde además, se contaría con la presencia de Juan José Flores, médico de Jalapa, Veracruz -fundador de Vivo y Sano México (3)- quien compartiría sus experiencias exitosas en el tratamiento de seropositivos con alternativas halópatas distintas al consumo de antirretrovirales. Por primera vez -como se lo hiciera saber Roberto al conocer personalmente a Carlos- se reunían un médico dedicado a la investigación, un médico clínico y un paciente seropositivo sano, a charlar sobre perspectivas alternativas de curación para el sida.

En octubre de ese mismo año, logramos que la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo invitara al Dr. Giraldo a dar una conferencia a Morelia. Se nos facilitó el Teatro Rubén Romero de la misma universidad, que se ubica al lado del Conservatorio de Música, en el corazón de la ciudad. Como la difusión corrió a cargo de nosotros mismos, Carlos se dedicó una semana antes del evento a hacerle promoción en los medios masivos locales, sobre todo en radio y televisión donde conoce a la mayoría del personal por haber trabajado años haciendo programas para niños en Morelia, con lo que tuvimos una buena asistencia a la conferencia de Roberto y la de Carlos. Además, al saber Roberto lo que habíamos vivido en casa de mi madre con el tío Lalo y conocer a mi abuelo, Eduardo Oviedo, que tenía

entonces 86 años, lo invitó a participar con su experiencia como familiar de un paciente. Fue un cierre conmovedor, pues él habló de las penurias que como padre vivió con una enfermedad en que uno se convierte en apestado y donde los médicos simplemente no se quieren ni acercar.

La participación de Carlos fue un testimonial donde narró cómo cambió su vida a partir de que fue detectado seropositivo por el Consejo Estatal de Sida en Morelia en 1999, y del largo camino recorrido antes de lograr recuperar su salud después de una estancia de tres años en India con los monjes tibetanos y con la ayuda de su médico Tenzin Pechock, quien por muchos años se encargó de atender la salud de S.S. Dalai Lama y para entonces era un médico retirado del Instituto de Astromedicina “Men Tsee Khang”, que él mismo había fundado en Tíbet y tenía entonces su sede en Dharamsala, después del exilio causado por la invasión China. Presentó una crónica de cómo su tratamiento fue la desintoxicación, la nutrición y el manejo del miedo a través del conocimiento de los budistas en meditación y acerca del bardo, es decir, de lo que sucede después de la muerte.

Las charlas resultaron muy ilustrativas. La perspectiva que mostró Roberto sobre el sida era no solamente la de cómo es posible curar la enfermedad de manera económica, partiendo del entendido de que se trata de un estado de oxidación al que se lleva al sistema inmune al mantenerlo expuesto a agentes estresantes -ya sean químicos, físicos, biológicos, mentales o nutricionales- de manera reiterada, voluntaria o involuntariamente; además, mostró a través de la estadística mundial cómo la enfermedad no se comporta como epidemia, pues en Africa la gente muere por diarrea y malnutrición, como históricamente ha sucedido,



mientras que en Estados Unidos las muertes que se registran por sida son en grupos expuestos a alta toxicidad por drogadicción, entre otras causas.

Fue quedando claro para la concurrencia que la condición de seropositivo cambia dependiendo del país donde se apliquen las pruebas, pues además de no ser específicas para detectar al virus vih, pueden dar resultados falsamente positivos ante la presencia de las más variadas afecciones, como el lupus, el herpes, la artritis, etcétera, de modo que ser detectado como seropositivo no significa de ninguna manera que el paciente desarrollará el sida.

Roberto dedicó además una parte de su ponencia a exponer la crisis de método científico, pues la ciencia médica moderna no ha exigido en la historia reciente las pruebas necesarias para determinar de manera contundente que el virus de inmunodeficiencia humana existe y que en efecto es la causa de las veintitantas enfermedades que se aglutinan en lo que actualmente se conoce como el síndrome de inmunodeficiencia adquirida. Esto es, el fundamento de la millonaria maquinaria de salud mundial que se ha construido en los últimos veinticinco años y que obliga a los estados del tercer mundo -como siempre los más afectados por la falacia- a contraer deudas impagables, es básicamente erróneo.

Después de ésta visita de Roberto a Morelia, la relación con Carlos se vio muy fortalecida y cada vez que era llevado a algún evento masivo, lo invitaba a acompañarlo para presentar su testimonio como seropositivo que ha logrado mantener su salud. Para 2004, justo antes de nacer nuestro hijo, le hizo una invitación para asistir al II Encuentro Mundial de Medicinas Alternativas en Cuzco, Perú, donde se presentaron ambos con mucho éxito. En este

encuentro coincidieron con Roberto César Leite, un médico brasileño con investigación en el tema del origen tóxico-nutricional del cáncer, con quien evidentemente coincidieron e hicieron gran amistad a partir de entonces.

En esa misma visita Carlos conoció a María Grazia, con quien había mantenido contacto para entonces por más de un año por Internet y ella estuvo muy interesada en el tema de la posible curación del sida. Durante su estancia en Perú, él y Roberto asistieron a una reunión organizada por María en su casa para dar a conocer las ideas de la disidencia a quienes se conocen como el grupo inicial de trabajo de Monarcas Perú, compuesto el Dr. Juan José Moncada, ahora director médico de una muy importante empresa de productos naturales, posteriormente el Dr. Victor Andrade médico colegiado que aplica terapias alternativas, reemplazó a Juan José; Ronald, webmaster, Renzo Pareja dentista, Samuel y Maricarmen una pareja muy espiritual, él abogado y ella profesora, también Ana María Polar, tía de Maria Grazia. Así empezó a gestarse de la idea de formar una organización sin fines de lucro dedicada a difundir esta información, que por momentos no parece interesarle a nadie.

Cuando Roberto supo del interés de Carlos por mantener un esfuerzo de divulgación de estas ideas, le hizo saber que era importante darle forma como organización y además, le advirtió que al tener su libro publicado en Internet se estaba convirtiendo en blanco de los laboratorios farmacéuticos mundiales y del gobierno estadounidense a quienes no les conviene que estas ideas se conozcan, de modo que su consejo fue convertirse en una figura pública internacional por su propia protección.

Así volvió Carlos de Perú a dedicar bastantes horas en la computadora para armar ahí mismo su propio sitio web con su libro y con ligas a la página de Internet de Giraldo, de Juan José Flores y otras organizaciones civiles disidentes de la versión oficial del sida. Una vez que estuvo listo el sitio, contactó a varios portales informativos para alojar su información y “Geocities” fue quien respondió positivamente; desde entonces existe el sitio web que Carlos se ha dedicado a crear, fortalecer, manejar y difundir (4). Así también Roberto, contacto a Carlos con Adrián Labansat, un capitalino interesado en dar forma a una organización y con algunos contactos con la comunidad gay de la Ciudad de México, después de su primera reunión nació la idea de conjuntar a un grupo multidisciplinario de gentes interesadas en la disidencia en la Ciudad de México.

Carlos y yo comenzamos entonces a trabajar en un documento que contenía información para dar sustento a una organización civil sin fines de lucro con fundamento en las ideas de la disidencia (5) y que incluía además de versiones resumidas de la opinión de expertos - como Eleni Papadopoulos, Kari B. Mullis, Peter Deuseberg, Stefan Lanka, Roberto Giraldo y Juan José Flores, entre otros-, un formato con los lineamientos que debían seguirse para dar forma, manejar y lograr sus objetivos de divulgación adecuadamente. En cuanto estuvo listo, se lo hicimos llegar a Maria Grazia en Perú, que mantenía mucho interés en conformar una organización en ese país y así nació MONARCAS, cuyas sigas significan Movimientos Nacionales por el Replanteamiento Científico y Atención del Sida. El nombre fue una genialidad de Carlos y hace también honor a la mariposa monarca, que migra desde Canadá hasta Michoacán para pasar los inviernos utilizando refugios, al igual que pretendíamos hicieran los seropositivos con nosotros.

Carlos siguió viajando por invitación de Roberto a hacer presentaciones en diversos sitios para dar su testimonio como caso curado de sida. Roberto, gracias a su primera conferencia en Morelia, fue invitado a asistir en mayo del 2004 al Congreso Internacional de Enfermería en Morelia, donde pudo hablar ante unas 1500 enfermeras de todo el mundo de su perspectiva del sida; en su visita a México aprovecharon para presentarse juntos en Nayarit en la televisora local y para asistir a Jalapa, Veracruz como conferencistas a un evento organizado por Juan José Flores en el Museo de Antropología de la ciudad. Este mismo año, se concretó el esfuerzo del grupo del trabajo en México y nació Monarcas México, hermanita de la organización ya conformada en Perú, que no hubiera sido posible sin el esfuerzo incomparable de Maria Grazia, una mujer excepcional que logró dar forma a nuestras ideas de manera fenomenal.

Ya en 2005, Monarcas Perú organizó su primer Congreso Internacional “El sida si se cura” con el apoyo de la principal homeopática nacional y gracias a la testarudez inigualable de María -que para cuando esto sucedía no tenía dinero ni para pagar la luz de su propio departamento-; ella había conjuntado para entonces un grupo multidisciplinario de expertos interesados en apoyarla a conformar Monarcas y tenía ya en la web su propio sitio con la información de la disidencia (6).

Cuando invitaron a Carlos a participar de este congreso, nosotros vivíamos aún en la ribera del lago de Pátzcuaro y nos manteníamos del trabajo de cocina de Carlos; sin embargo, nuestros ingresos eran algo precarios y cuando se presentó la perspectiva de ir de nuevo a Perú, no juntábamos lo necesario para que él viajara ni siquiera a la Ciudad de México. Cuando María Grazia se enteró, le hizo saber a Carlos que compraría su boleto de avión con

los primeros fondos que recuperara de las inscripciones al congreso, y así fue, pero aún con el monto del avión cubierto, nosotros no teníamos el dinero para el boleto de autobús a la Ciudad de México, desde donde partía el vuelo.

Dos días antes de que comenzara el congreso Carlos estaba realmente triste porque sabía que no teníamos de dónde echar mano para el viaje. Yo lo animé a ir a Morelia a pedir prestado a los amigos: fue, y volvió más cabizbajo aún, pues ninguno estaba en posición de facilitarle los 500 pesos que necesitaba para ir a tomar su avión. Yo le dije que podíamos resolverlo si se iba de 'aventón', pues todavía faltaba un día y podíamos conseguirlo, pero estaba tan desanimado que le parecía una locura. Un día antes de que se perdiera su boleto, vinieron a visitarnos al pueblo un par de amigos de Morelia, Horacio Ireta y su mujer, que al enterarse cuál era la situación, nos prestaron el dinero; 300 pesos se los llevó él para el viaje y me dejó doscientos para que al bebé y a mí no nos faltara comida por una semana en que él estaría fuera.

Ese mismo año, por la cantidad de gente visitando el sitio web de Carlos -con unas 600 visitas mensuales aproximadamente- y ante el interés de gente de diversos países por conformar organizaciones similares a la nuestra, comenzamos a distribuir la carpeta informativa que sirvió como base para organizar a los grupos de Perú y México, que son los que actualmente se encuentran establecidos legalmente; y nos vimos en la necesidad de formar Monarcas Internacional (7) para de algún modo apoyar a la comunidad Monarca. Actualmente, gracias a ésta red se han formado grupos de gente que distribuye información gratuita al respecto en Argentina, Ecuador, Uruguay, Colombia, Canadá y Estados Unidos.

A mediados del año, Carlos me hizo saber que estaba promoviendo por Internet lo que sería la Gira 2005 de Monarcas Internacional que tenía como fin divulgar las ideas de la disidencia en los medios masivos en México, y que no era más que nosotros viajando hacia el pacífico en la camioneta Combi VW que nos había sido donada por un amigo de Guanajuato, Rodrigo, quien al enterarse de cuál era nuestra labor se desprendió de su único valor material del momento, "la Chabela", a quien debimos arreglar vendiendo nuestro carro, un viejo Cougar que había sido de mi padre.

Cuando me lo dijo por primera vez, me pareció algo difícil, pues como siempre estábamos en la desgracia monetaria; para entonces vendíamos hamburguesas por las noches en la casita morada y apenas salíamos con los gastos, al mismo tiempo yo armaba ventas de garage con ropa usada y otros objetos para completar la comida, pues las clases de meditación se habían terminado después de un año de estar sucediendo.

Gracias a las interminables ocurrencias de Carlos, y a los milagros recurrentes que se dan a su alrededor, comenzamos a fines de septiembre la gira con entrevistas en Televisión Azteca Michoacán, el Sistema Michoacano de Radio y Televisión, y en Radio Nicolaita de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, todo en Morelia. Repentinamente nos cayó un dinero extra pues a Carlos se le ofreció cocinar para 3000 monjas en un evento de aniversario del colegio local más antiguo en Pátzcuaro a lo largo de dos días en los que él no se volvió loco de milagro; con esto en la bolsa, pudimos salir hacia el pacífico ante mi asombro. Una vez en Guadalajara, donde nos hospedaron una pareja de seropositivos en un hotel cinco estrellas -a donde recuerdo estarme bajando de nuestra destartalada Chabela

con un par de fundas de almohada llenas de nuestras cosas-, Carlos asistió al Canal 4 de Televisa donde ofreció una entrevista de una hora con el director de noticieros.

De ahí nos movimos hacia la tierra de Pedro Páramo, donde nos hospedó amablemente Enrique Jardel, exdirector del Centro de Investigación de Manantlán de la Universidad de Guadalajara en Autlán, a quien yo había conocido por mi trabajo con la UNAM y había declarado como mi gurú por su interminable ingenio y gran sonrisa. Después de una noche maravillosa contándole de nuestra perspectiva de salud, entre algunos mezcales, partimos con su bigote en el recuerdo hacía Sayulita, donde nos esperaba Mark, el inglés, quien se encontraba cuidando la inmensa casa de Karin, su exnovia entonces. Una vez en el pacífico, Carlos asistió a dar entrevistas a Puerto Vallarta con dos estaciones de radio, Exa FM y Grupo Radiorama de Jalisco, y con el periódico "Vallarta Opina".

Así comenzamos el fin de año otra vez en la playa, ahora con críos (ver capítulo IV, donde se narra cómo nació el segundo de nuestros hijos). Carlos encontró trabajo de inmediato en un restaurante local y gracias a la inmensa dadivosidad de Janik y Rolando, teníamos ahora un puesto de ropa *hippie* que pudimos instalar gracias a los conocidos de nuestra estancia anterior en el tianguis de los fines de semana... Hasta que un día, después de pasar un mes incomparable en compañía de Mark, me dispuse a llevar a los hijos al mar, mientras Carlos vendía en el tianguis y por algunos azares del destino acabé atropellándome a mi misma con la Chabela.

La casa donde nos alojábamos estaba en una pendiente muy pronunciada y al intentar salir de reversa, quedé varada con la combi, los hijos se encontraban dentro y al querer ayudarme

a salir del vado, los amigos me empujaron antes de yo estar dentro de la camioneta, con lo que comenzó a ir de bajada justo hacia la carretera, al intentar subir, cosa que no logré, di vuelta al volante y la camioneta cambió de dirección atropellándome. La buena noticia fue que mis hijos no acabaron metros abajo a media carretera, la mala, que pasé un mes con el pie derecho inservible y la rodilla izquierda muy dañada. Con esta nueva circunstancia, Carlos debió regresarme a Morelia, pues yo no podría caminar por un mes, y en el viaje de regreso la Chabela no aguantó más y quedó con el motor inservible en Ocotlán, Jalisco, donde seguro aún están sus restos, pues jamás tuvimos el dinero suficiente para recuperarla. Desde entonces somos ciudadanos de a pie.

Para diciembre del 2005 Carlos fue invitado a un Congreso Internacional de Prevención y Salud Sexual en Playa del Carmen, en el estado mexicano de Quintana Roo, donde también estarían participando Giraldo, Flores, la versión norteamericana de Vivo y Sano (8) fundada por Cristine Magiorie, caso curado de sida, y Matt Irwin, médico de la Universidad de Medicina George Washington y parte del comité médico mundial 'Rethinking Aids'. Los organizadores habían armado un panel conformado por la versión oficial del sida para el primer día y por la disidencia para el segundo.

Acababa de pasar un huracán por el mar Caribe, donde se ubica la ciudad, así que en el sitio había todavía una presencia inusual de autoridades de salud de la federación y medios de información internacionales. Julio Frenk, entonces secretario de salud nacional, al enterarse de los contenidos del congreso formó un cerco informativo para bloquearlo y dio instrucciones de que cualquier autoridad de salud que asistiera sería relevada de su cargo, al igual que cualquier estudiante de nivel medio y superior sería sacado del sistema educativo



nacional si se sabía de su presencia en el evento, que aunque contaba con instalaciones para alojar a un auditorio numeroso, vio enormemente mermada su asistencia.

Cuando hablé con Carlos desde Morelia y me hizo saber cuál era la situación en Playa del Carmen, contacté a la gente de Amnistía Internacional y les hice saber qué era lo que estaba sucediendo con las autoridades federales en Quintana Roo. Héctor Guerra, el entonces secretario general de Amnistía México y compañero mío de la universidad, me escuchó por una hora hablar de la disidencia y la problemática que había incluso impedido el arribo de Cristine Margiorie a México. Su consejo fue sacar a la gente de ahí antes de presentarse por su propia seguridad y me hizo además saber que ellos no podían entrar a escena si no había algún golpeado de por medio.

Así mismo, en 2006 y gracias al trabajo de difusión del capítulo México de Monarcas, invitaron a Carlos a participar en tres eventos importantes. El primero, su presentación -junto con Giraldo y Labansat- en un programa de debate con el conglomerado de medios más importante de América Latina, a través de la televisora nacional Televisa. Su conductor, Alfredo Adame fue invitado a no volver a hablar del tema después de pasar al aire y su programa se dedica desde entonces sólo a hablar de ovnis y fantasmas. El segundo evento al que asistió Carlos éste año, fue un congreso organizado por la Escuela Nacional de Trabajo Social de la UNAM, donde había una mesa dedicada a tratar la problemática del sida, dado el quórum y la polémica que se suscitó, lo invitaron al día siguiente a presentarse en una conferencia extraordinaria para hablar del asunto en la Universidad Nacional.

El tercer evento importante que se ha suscitado en México para Monarcas ha sido la invitación a asistir al programa de uno de los periodistas de televisión con más renombre en México, Ricardo Rocha, que se aloja ahora con sus programas en Televisión Azteca -la segunda televisora de mayor envergadura en México. Mientras escribo estas letras, la serie de programas del periodista, a través de su espacio "Reporte 13" se sigue manufacturando. Gracias al monitoreo de nuestro querido amigo Fernando Silva -fotógrafo encantador que nos regala en cada visita con su incomparable apoyo, ánimo y buen humor-, nos hemos enterado desde Cuernavaca que Rocha ha abierto el debate sobre sobre el tema asegurando que éste ha sido uno de los tópicos que le han llevado a documentarse más en su carrera, hecho relevante considerando que se trata de un periodista con más de 25 años de carrera en los medios nacionales. Lo que pase después de ésta apertura mediática en México, seguramente será el tema de mi próximo libro.

Por lo demás, habría que hacer un par de acotaciones respecto de Monarcas. Una, que así como la mariposa busca refugio para no morir, la gente con supuesto VIH ha encontrado con nuestra red de apoyo un lugar donde más que considerárseles enfermos, se les enseña a lidiar con el miedo y a sobrevivir al destierro. Mucha gente nos ha preguntado a Carlos y a mí cómo es que si tenemos una organización que a la fecha ha logrado establecerse ya en siete países, estamos siempre ante un futuro monetario incierto. La respuesta es muy sencilla, cuando nos planteamos la posibilidad de gestar a Monarcas, los dos coincidimos en que debía ser una asociación civil sin fines de lucro, pues mucha de la gente para cuando nos contacta se ha quedado ya sin familia, sin amigos y sin trabajo, es decir, en la ruina.

Al ser ambos gente que se ha visto afectada directamente por el sida -Carlos perdió a su esposa anterior, Lucerito, por ésta enfermedad- y sabiendo a cuánto ascienden los tratamientos mensuales de antirretrovirales, que deben andar ahora en unos 60 mil pesos por paciente al mes -y a los que regalan las asociaciones de supuesto apoyo a seropositivos les quitan las etiquetas con las contraindicaciones, de modo que cuando la gente llega a los hospitales con cuadros de intoxicación por los medicamentos, ni siquiera se entera-, decidimos que necesariamente la red que estábamos generando debería ofrecer información gratuita sobre el tema, al igual que a nosotros nadie nos ha cobrado por enterarnos de todo esto.

#### **IV. NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA**

Apenas Paulo tenía unos cuantos meses de nacido y estábamos aún acostumbrándonos a su presencia, nos enteramos que Panchito, nuestro segundo hijo, venía en camino. Aquí narró como fue que sucedió. Vivíamos aún en Pátzcuaro, en la casita morada del pozo al frente. Carlos se encontraba impartiendo sus clases de pintura y a mí me habían invitado, gracias a Tamara y Rodolfo, a participar de las labores de una organización no gubernamental local con trabajo en medio ambiente. Mi situación en el lugar no era muy cómoda, pues entraba a relevar al equipo que se le deshacía en las manos a un físico Uruguayo, presidente de la organización, quien fundamentalmente requería de mi ayuda para editar los informes semestrales a sus financiadores, pues el equipo de cinco personas que abandonaba recién no había logrado concretarlos.

Carlos se dedicaba a cuidar a nuestro bebé mientras yo cubría horarios de burócrata, asistiendo al sitio de 9 a 2 y de 4 a 7; no me quedaba tiempo más que para ir a comer y llegar en la noche para estar con ellos un rato antes de caer rendida y volver a hacerlo todo de nuevo al día siguiente; recuerdo que lloraba siempre en el camino al trabajo por tener que desprenderme de mi crío. Para mí fue posible dejarlo porque había perdido la leche por un accidente automovilístico en Morelia.

Un día Carmen, mi amiga, me llamó para pedirme que la llevara a Morelia a su cita con el ginecólogo, pues Rodolfo estaba muy ocupado en el trabajo y yo aún no comenzaba a

laborar. Así fue, aunque Carlos se había opuesto, pues según habían platicado con Mark, que nos visitaba por esos días, estaban sucediendo cambios en las constelaciones por los que era prudente mantenerse en casa; a lo que yo no atendí, pues me parecía un comentario 'fuera de este mundo'. Fuimos a Morelia con Carmen y su hijita Atziri, que tenía entonces seis meses y con Paulo, que tenía cuatro. Hicimos cualquier cantidad de cosas, una vez en la ciudad vimos a su médico, visitamos a algunos amigos, hicimos compras, etcétera.

Justo cuando íbamos a salir hacia Pátzcuaro sin ninguna novedad, esperábamos en un semáforo en rojo en la salida del libramiento de Morelia, cuando nos impactó por detrás un trailer de Coca Cola con doble caja, recién cargado. Después de cerciorarme de que estábamos todos bien dentro del coche, le pedí a Carmen que llamara a una ambulancia y a una patrulla desde su celular y me bajé del coche para hablar con el chofer del trailer, que había quedado unos treinta metros detrás nuestro.

El tipo no se bajaba del camión por estar hablando por teléfono y antes de que yo pudiera notarlo ya había tres tipos -compañeros suyos- intentando convencerme de que me hiciera a un lado con el coche de Carmen que milagrosamente aún prendía, aunque tenía la parte trasera destrozada. Bajé al chofer a punta de mentadas -lo que en México conocemos también como recordatorios a la progenitora- y les hice saber a todos de manera muy poco amable que no me iba a mover a ningún sitio y ellos tampoco hasta que no llegaran las autoridades, para entonces nuestros hijos estaban ya siendo revisados en una ambulancia y las patrullas comenzaban a llegar a tomar parte del accidente.

Después del levantamiento de la evidencia por los peritos, fuimos todos trasladados a la delegación de tránsito, donde pasamos unas seis horas declarando lo sucedido, hasta que Carmen me hizo saber que ya no podía más con los dolores de cuello, para entonces eran como las tres de la mañana y ya había llegado un abogado -amigo de Gabriel Alvarez, abogado del Campus de la UNAM, a quien llamamos y se encontraba en la Ciudad de México- que nos recomendaba firmarle al chofer del trailer y a su aseguradora un documento donde se le libraba de los cargos, pues sino lo hacíamos no tendríamos acceso al hospital esa misma noche, lo hablamos con Carmen y así lo hicimos. Mala decisión.

Nos llevaron al hospital 'De La Luz' que tenía contratada la aseguradora -donde por cierto murió la madre de una amiga al aplicarle en mala dosis un suero para intentar quitarle una diarrea- y después de una revisión general a nosotras y a los bebés por los practicantes en turno, se nos aplicaron medicamentos intravenosos contraindicados para la lactancia. Después de eso, yo perdí la leche y pasé cuatro meses con una contractura muscular que iba de las orejas a las nalgas. A Carmen no le fue mejor que a mí.

Para entonces, me había enterado ya que mi trabajo en la organización medioambiental era como estar trabajando para el hampa, con la salvedad de que uno de los directivos era un reconocido miembro de la Universidad Nacional, recordado por ser uno de los firmantes del protocolo del Kyoto -este acuerdo mundial donde se habla por primera vez del calentamiento global y sus implicaciones- y por lo tanto todos los miembros se consideraban de algún modo 'intelectuales'. Para cuando decidí dejar de trabajar en el sitio ya se me había pedido que fuera creativa e inventara en que se les habían ido 450 mil pesos que nadie sabía donde estaban, se me había dicho que los aborígenes locales no eran capaces de abstraer, me

había enterado de que el dinero de sus proyectos se iba para construir las casas de lujo de los dirigentes, y la puntilla, que los informes de envenenamiento por uso de plomo en la alfarería no se les comunicaban a los afectados, sino a los financiadores.

En este marco de locura, al perder la leche para mi hijo después de haberme quitado el DIU, me embaracé de mi segundo hijo, cuando Paulo tenía apenas cinco meses de nacido. Así empezó la otra parte de esta historia, como siempre, entre milagros y atropellos. Cuando tenía un mes y medio embarazada comencé a sentirme muy mal, ya para entonces Carlos se había acostumbrado a que cuando a mí no me dolía una cosa, me ardía otra, así que no le prestó atención a que yo me sintiera mal de nuevo. Esa tarde, le pedí que se quedara con el crío, tomé un colectivo de la estación de trenes en Pátzcuaro al centro y fui directo al hospital regional vomitando, por lo que pensaba que era una infección intestinal, me mandaron hacer análisis de sangre para descartar amibiasis; al día siguiente fui por mis resultados y -como dijera el abuelo- resultó ser un bicho pero de dos pies.

Cuando nos dio los resultados Olimpia, la ginecóloga amiga, el fin de semana, Carlos me había acompañado para llevar al bebé a saludar, lo primero que nos pidió fue que nos sentáramos; nos miramos extrañados uno al otro, mientras ella, sonriendo nos hizo saber que estábamos en la espera de otro bebé. No podíamos creerlo, pues entre tanto atropello no habíamos tenido mucho tiempo para el amor, de hecho en esos meses sólo habíamos estado juntos en una ocasión. Al recibir la noticia Carlos por poco se cae de la silla y yo sinceramente no sabía si reír o llorar. Para cuando salimos del hospital nuestro ánimo era, digamos, incierto, hasta que Carlos me abrazó, me mostró a Paulo y me dijo “míralo que

lindo es y lo hemos echo tan bien criándolo que del cielo nos están mandando otro”. Nos besamos y me invitó a desayunar una birria deliciosa del famoso “Don Prisci” para celebrar.

Así comenzó nuestro segundo embarazo ante el asombro de los amigos, la familia, los vecinos y demás conocidos. Para cuando iba a nacer Panchito, nos mudamos a vivir más cerca del lago, a una casa más grande que la casita morada, que ya nos quedaba chica con dos críos y donde de paso pagaríamos la mitad del precio por la renta, por tratarse de un pueblo de la ribera del lago que mayormente es habitado por los phurépechas locales. Otro factor que determinó nuestro cambio de estancia fue que Carlos se encontraba trabajando como chef en el restaurante más grande de la ribera, el Campestre Alemán, ubicado en el camino a Erongaricuaru. Donde por cierto queda como recuerdo suyo la receta de la deliciosa Trucha al Chipotle.

Así llegamos a San Pedro Pareo, el pueblo donde Lucerito, la anterior esposa de Carlos (q.e.p.d.) está enterrada en el cementerio local. Ahí habían vivido ellos juntos por cinco años y a él no había vecino que no lo recordara como buen amigo, así que a mí el pueblo me adoptó en cuanto me vio llegar. Hay que decir que los mestizos allí no son muy bien vistos, pues la mayoría de los fuereños que se instalan en estos lares se dedican a menospreciar a los indígenas en su propia tierra, unos, y a delinquir, otros. Así que el que se nos abrieran las puertas del lugar para mí era de nuevo, como un milagro. La casa era muy linda, pasamos de estar en dos cuartos, a seis, y de un patio comunal a uno inmenso y cercado sólo para nosotros, y lo mejor, no teníamos vecinos en kilómetros a la redonda, pues San Pedro es una comunidad rural donde prevalece el ejido como principal modo de división territorial. El jardín tenía muchas flores, que son mi delirio, había un durazno con frutas deliciosas,



limones, zarzamoras y una vez ahí logramos tener tomates y hasta fresas, gracias a un trueque con las locales.

Como dejamos la casa de Pátzcuaro antes de lo esperado, compartimos el lugar por un mes con su único habitante que estaba por irse, Efraín. Un capitalino que acababa de pasar los dos peores años de su vida justo en esa casa después de que su mujer lo había dejado llevándose a su hijo a Estados Unidos por irse con otro. Para cuando nosotros llegamos, él ya estaba bastante liviano de ánimo, comenzaba a trabajar de manera estable y su ánimo era el de compartir. Nos bienvino y pasamos un mes muy grato en su compañía y en la de Karina, su nueva novia, que fue quien nos había echo saber que la casa se desalojaría. Ella y Carlos se conocían pues ambos habían estado en contacto muy cercano con la cultura del Tíbet y tenían como recurrencia vivir en el lago. Así que pasamos muchas horas gratas juntos.

Un buen día, nos enteramos que Karina comenzaba a trabajar con el gobierno de izquierda, a través de Juárez y le advertimos que perdía su tiempo; pensó que nosotros teníamos algún tipo de envidia atravezada y comenzó a alejarse. Al mismo tiempo, tuvieron algunas dificultades con Efraín y las cosas se enredaron de manera fenomenal. Con el tiempo, ella se enteró de que en efecto perdía su tiempo y se fue de viaje a Canadá donde pasó una larga temporada para librarse del mal trago; para entonces nos enteramos que Efraín, que ya no vivía con nosotros, le debía algo a más de uno en el pueblo, que se había enredado en líos de faldas con más de dos y que se le buscaba por robo de autos en Pátzcuaro.

Para cuando esta telenovela sucedía, yo ya había puesto un letrero en mi casa que decía “no se reciben visitas” -cuando soy bastante sociable en general y disfruto mucho de que la gente se tome la molestia de buscarme-, pues el saldo de las venidas de los *hippies* locales - que entraban a mi casa diciendo que eran amigos de Carlos, cosa que me enteré no era cierta en algún punto- ya me había causado muchas pérdidas de café, de tiempo y de objetos diversos. Así que corté completamente la relación con todos los fuereños del lugar y me dediqué a cultivar únicamente las amistades locales, solo para asegurarme de nuevo de que la gente de mi tierra es divina.

Lo que más me dolió al partir después de ocho meses en esa primera estancia en San Pedro, fue dejar a mis amigas las viejitas, Doña Mari que aunque andaba ya sin zapatos me convidaba siempre de su pan cuando llegaba a prender su horno de leña antiquísimo; Doña Carmen que tenía a su marido en estado vegetal y era cojita y aún así me llegaba a la casa, azadón en mano, preguntando cuándo me iba a ayudar a limpiar el jardín; Doña Josefa, con su entrecejo fruncido siempre, pero dispuesta a llevarme un taco cuando me veía lavando a mano en el solar.

Así todas, mujeres solas, curtidas a punta de hambres y de parir de más, sin dientes, flacas y con esas miradas perdidas que sólo la miseria sabe dar, pero con ánimo siempre para pararse a diario bien temprano a oír la misa y cantarle a tata dios entre la lluvia y luego a sacar su hortaliza en el solazo y volver cargadas otra vez ya muy de tarde con sus carretillas -entre el agua otra vez que no para nunca- para limpiar sus verduras y que se las lleven a la vendimia los pocos hombres que les quedan. Un pueblo único, mi pueblo phurépecha.

Además de las viejitas, hice mucha amistad con Don Max, el lechero amigo de Carlos a quien mis hijos bautizaron como Vacan. Él, a veces, era la única gente que yo veía en el día entero y siempre me traía las noticias locales y sabía las historias de propios y ajenos. Una vez le pregunté por qué estaba el señor de doña Ursula en la cárcel, si era tan viejito como ella me había dicho y no había hecho nada. Me contó que al señor lo habían agarrado dándole dinero a una muchacha que padecía de sus facultades mentales a cambio de sexo; cuando ella intentó convencer a otras en el pueblo de ir con el señor para ganarse un dinero, dieron aviso a los maestros de la primaria y lo encontraron un día *in fraganti*, de ahí mismo fue a la cárcel sin mayor averiguación. Me dijo además que a Doña Ursula la maltrataba siempre, que ya borracho la golpeaba hasta cansarse, que había sido así desde que eran jóvenes. Después, cuando la veía a ella, no comprendía por qué entonces se había quedado en la calle al venderlo todo por internar sacarlo de la cárcel, y nunca comprendí tampoco de dónde sacaba ánimo para sonreír siempre, como si su vida tuviera algo de bueno.

Así, en ese marco de locura surrealista, nació Panchito. Bien sano, también por cesárea en el hospital regional, pero ésta vez con una fecha determinada, muy a mi pesar. Me lo sacaron de la barriga un día sábado 25 de septiembre, Tamara y Andrés nos acompañaron para el parto, cosa por la que los amaré siempre. Ella me iba a acompañar en la operación, pero finalmente no hubo ropa suficiente para el quirófano y se quedó afuera, con Andrés que parecía ser el padre de tan nervioso y había preparado algo de café y cigarros para acompañar a Carlos en el mientras tanto.

Para entonces yo estaba 15 kilos arriba de mi peso normal y parecía que estaba a punto de explotar. Cuando Panchito nació tuvieron que doparme de más y no pude verlo hasta que ya

estaba en recuperación, él fue más morenito que Paulo al nacer y estaba todo cubierto de pelo; “nos nació un changuito” le dije a Carlos cuando lo vi. De Morelia vinieron muchos amigos a conocer al nuevo hijo cuando supieron del parto, ese día Janik, Rolando, Gabi e Irene hicieron viaje especial desde Morelia para verlo en persona.

Mi recuperación fue lenta pero estaba muy feliz con el nuevo hijo, Carlos me propuso llamarle como mi padre, sabiendo que yo lo recuerdo siempre tanto. Muy atinada decisión, pues cada vez que lo nombró es como estarle hablando a ambos y eso hace que mi corazón se llene de alegría por pensar en mi querido padre a diario. Además le pusimos el nombre de uno de mis sobrinos que nació siendo el malquerido porque no se sabía quien era el padre.

Así Francisco Arturo, nuestro segundo hijo nació y creció siendo muy sano y amadísimo por su padre, por mí y por su hermanito, que desde que lo vio no pudo más que abrazarlo y darle muchos besos. Al suceder la segunda cesárea de mi vida, decidí que me realizaran una ligadura de trompas, pues nuestra vida había sido suficientemente agitada ya y si algo habíamos demostrado con Carlos era ser certeros. Así cerramos el capítulo de los hijos, muy a disgusto de él, a quien le quede debiendo una nena que se llamaría Victoria.

Para diciembre de ese año, decidimos movernos a Morelia, pues a Carlos lo habían cesado del trabajo con el alemán para no pagarle el aguinaldo y yo no estaba en posibilidad de ejercer desde el lago ninguno de mis oficios diversos, así que por enésima ocasión y muy tristes, dejamos San Pedro por intentar vivir en Morelia. Llegamos a alojarnos a casa de mi madre, con quien ninguno de los dos se lleva muy bien, pero estábamos, como siempre, sin dinero y ahora sin trabajo y con dos hijos.

Para cuando Carlos cumplió 40 años y estábamos aún alojándonos ahí en una estancia por demás caótica, él lloró y me dijo que nunca había pasado un aniversario tan terrible; para entonces estábamos vendiendo otra vez hamburguesas, pero ahora en el garage de la que fuera la casa de mi padre. Así, decidimos pedirle dinero prestado a Yulyett Yhamel, una buena amiga mía de la preparatoria, para salirnos a rentar una casa propia.

Ella accedió en cuanto se lo pedimos y un par de días después habíamos ya encontrado un sitio en pleno centro, a media cuadra del Callejón del Romance... Nos pareció buen augurio. Carlos comenzó a buscar trabajo y lo encontró en un restaurante italiano, *La pasta nostra*, que tiene ya bastantes años en la ciudad y recién había sido remodelado. En esa casa vivimos un par de meses en los que echamos además a andar una agencia de investigación privada con Yulyett y Sugey, su hermana, que aún existe y resultó un muy buen negocio.

Al pasar un par de meses de la estancia en Morelia, los dos estábamos como muriendo entre el asfalto, a mí el perseguir gente para tomar fotos de los agravios amorosos me tenía escribiendo poesías de cómo copulan los perros, y a Carlos la cocina subterránea y los malos tratos de la dueña le estaban matando el alma. Cuando se enteró de que en vez de los seis mil pesos prometidos le pagarían cuatro y nos dimos cuenta de que no podríamos ni pagar la renta, decidimos volver a San Pedro. En una suerte de pedimento por refugio, Carlos llamó a una de nuestras vecinas que le había ofrecido que cuidáramos su casa en el pueblo gratuitamente, pues nadie la habitaba y le había robado ya un par de veces. Así, volvimos al lago antes de lo esperado a vivir en una casa abandonada que hubo que limpiar, desyerbar y acondicionar por más de tres meses.

Nuestra segunda estancia en San Pedro, duró unos seis meses, lo disfrutamos mucho y nos sirvió para agradecer a la vida el estar juntos de nuevo en un sitio donde nadie lo ve a uno como un moribundo. En ese tiempo Carlos encontró trabajo llegando en un restaurante local *Entre el suelo y el cielo*, donde duró poco, pues había un gringo con un restaurante nuevo, *El Cha, cha, cha*, que no descansó hasta que le ofreció más del doble del sueldo que tenía por irse con él a cocinar, después de probar lo que hacía. Rick, el dueño, se portó muy bien con Carlos, al saber que iba hasta el pueblo y que debía pagar taxi por la noche para volver a diario, le ofreció usar un coche que él no utilizaba. Así volvimos a tener casa, trabajo y vehículo como por arte de magia, sólo al cambiar de ubicación.

Al mes de estar trabajando en ese restaurante, ya estaba apareciendo en Internet en sitios web neoyorquinos con fotos de su comida, como el chef Carlos, del mejor sitio para comer en la región. Así pasaron unos cinco meses en los que él se iba a trabajar medio día y yo iba y venía a Morelia con los críos a hacer mi trabajo en la agencia de investigación privada, mientras mi madre me ayudaba a cuidarlos. Un día que yo no fui a la ciudad, esperaba a Carlos por la noche, normalmente él estaba de vuelta a las 10, pero ese día dieron las 11:30 p.m. y nada que aparecía. Comencé a preocuparme, pero no teníamos teléfono y yo no podía salir ya de noche con los críos pues en la región el frío es bien duro, así que esperé sin tener noticias de lo que estaba sucediendo, pero ya con la certeza de que algo no iba bien. Casi para dar las doce apareció Carlos con cara de muerto, cubierto de pequeños vidrios de pies a cabeza, se había salido de la carretera justo una vuelta antes de llegar al pueblo por una vaca atravesada en medio del camino.

Le debía entonces a Rick trece mil pesos por la compostura del coche que quedó inservible porque se volcó. Cuando lo vi al día siguiente al esperar la grúa, comprendí que Carlos había salido vivo de milagro, el toldo tenía una hendidura por la mitad que hubiera matado a cualquiera, el parabrisas había volado en el acto, las puertas no podían abrirse y no caminaba ni para atrás, ni para adelante.

Así, se fue a trabajar todavía un par de semanas, hasta que vino un conocido de Morelia a hacerle saber que lo requerían como chef en un restaurante que estaba camino a Morelia y ofrecían pagarle el doble, conociendo su reputación como excelente cocinero, él fue a ver a los dueños pensando en pagarle al gringo lo de su carro; así fue como se movió de restaurante y fue cesado del trabajo a la semana, los dueños alegaron que realmente él estaba sobrecalificado por ser chef de cocina internacional y ellos necesitaban más bien a alguien local para el sazón. El último día que fue a trabajar, salió sin suéter y se enfrió de tan mala manera que al día siguiente no podía moverse. Cuando platiqué con unos amigos phurépechas al respecto, al ir a buscarle un remedio, me dijeron que lo que traía era el golpe de la volcadura del carro.

Después de pasar una semana en cama con dolores en todo el cuerpo y con un catarro de miedo, Bellina, una de sus hermanas, le avisó desde Cuernavaca que su papá estaba muy grave en la Ciudad de México por una complicación del cáncer de colon que había padecido recién. Le pidieron que fuera, pues pensaban que no viviría mucho más. Así, apenas pudo levantarse, marchó al Distrito Federal, donde pasó unas tres semanas, hasta que Don Carlos Escudero murió.

## V. QUIÉN RECIBE NUESTRA AYUDA DIARIA

Entre las miles de cosas y casos que nos ha tocado ver con Carlos en estos últimos años en que Monarcas ha existido, hay material para más de un libro, pues cada historia es un mundo en sí mismo. La gente que nos contacta desde que estamos por la web es de lo más diversa, por su origen, su nacionalidad, su edad, su perspectiva de la vida, etcétera, pero nos une un común denominador: todos, o la mayoría, han sido detectados como seropositivos y desde entonces la vida se les ha ido por un caño.

Esto que para mí es sólo un capítulo del libro, seguramente es el contenido completo del segundo libro que Carlos está escribiendo justo ahora, pues ha sido él quien ha estado en contacto con la gente de manera directa a través del Internet y es él quien lidia con las injurias de los que no creen en las ideas de la disidencia y con las bendiciones de quienes, después de enterarse, se han salvado de morir envenenados. Yo, como dicen en la barbarie taurina, he visto los toros desde la barrera y esa es la experiencia que vierto acá.

Cuando *VIH, la puerta a la iluminación* fue publicado en Internet por el Instituto de Estudios de Salud Natural en Chile, a Carlos le comenzaron a llover correos de gente interesada en el tema, por ser seropositivos consumiendo antirretrovirales, o gente que pensaba que daría positivo a las pruebas por estar dentro de lo que se llama grupos de riesgo, aquellos recién detectados como supuestos portadores del virus, familiares de gente que padece la enfermedad, o bien, médicos intentando tratar casos de sida. El tema común en todos los correos que le llegaban -y por los que yo me entero hasta la fecha por lo que él me transmite



cotidianamente- es el temor. Pues sabemos que la idea generalizada que existe después de 25 años de información infundada que se distribuye a través de los medios masivos de comunicación y las instituciones de salud, es que lidiamos con una enfermedad infecciosa y mortal.

Así, Carlos comenzó a escribir algunos artículos -que están disponibles aún en su sitio web y el de Monarcas Internacional (9)-, para enviárselos a las personas que lo contactaban y poderles explicar de manera rápida y sencilla cómo lidiar con el temor a través de la meditación que él aprendiera de los monjes budistas, así nació por ejemplo "Tonglen", donde explica la técnica de respiración que permite transformar energías negativas en positivas y en Tíbet era utilizada, entre otras finalidades, para tratar la lepra. Igualmente, y conforme las personas solicitaban información respecto de esta otra historia del sida, comenzó a escribir "VIH: virus inventado por el hombre", donde narra cómo fue que los estadounidenses robaron pruebas clínicas a los franceses y fraguaron el escenario que ha dado pie a tanta confusión respecto de la enfermedad, basándose en el beneficio económico de unos cuantos y que ha derivado en erradas políticas de salud mundial, después de haber inventado la mentira del origen viral del sida.

Otros artículos que vinieron luego y se escribieron conforme hubo necesidad, fueron "Seronegatividad ante la seropositividad", donde expone cómo las pruebas de detección dan positivo en presencia de las más diversas enfermedades, y cómo el estándar para declarar la sepositividad cambia dependiendo del país donde se apliquen las mismas; en "Siete pasos para vencer el sida" se ofrece una guía práctica para salir del pánico en el que entran las

personas y que es generado por las superestructuras de salud al declarar seropositivos a los pacientes y comenzar después a prepararlos para morir.

"La confianza de Clara" lo escribió después de estar en contacto con una paciente de cáncer que lo contactaba desde Canadá y trata fundamentalmente el tema de cómo desarrollar confianza en que se puede recuperar la salud, aún cuando los médicos aseguren que no es posible; "La rebelión de la verdad" muestra el caso del sida en Africa y cómo la disidencia se presentó en Bruselas, Bélgica para mostrar ante el parlamento europeo que las cifras catastróficas previstas para la epidemia nunca se cumplieron y el cómo se invierten sumas millonarias en medicamentos que son los que realmente están causando la muerte de la gente (10). Después escribió "El vuelo de las Monarcas", para contar la historia de cómo se fue gestando nuestra red de ayuda. Así continuó, hasta completar los diversos artículos que actualmente se encuentran disponibles en la red y están diseñados para informar de las perspectivas de salud que plantea la disidencia, y que tienen como finalidad hacer divulgación de estas ideas para que la gente que las lea esté en posibilidad de recuperar su salud.

Como para este momento habrá podido notar el lector, nuestra vida ha sido caótica, arrebatada y nada opulenta, como lo es para la mayoría de nosotros, supongo. Pero en este marco de locura contrahecha, Carlos ha encontrado siempre el ánimo, los treinta pesos cotidianos y las horas respectivas de uso de la web para dedicarse a enviar su libro gratuitamente a quien lo solicita y para responder personalmente a todos y cada uno de los que alguna vez le han intentado contactar. Se trata de gente de todo el mundo, con las mismas dudas: ¿es esto

cierto?, ¿por qué no me he enterado antes?, ¿cómo encuentro más información?, ¿qué puedo tomar al dejar los antirretrovirales? Etcétera.

Y como alguna vez dijera alguien ya, a cada pregunta corresponde una respuesta, así que cada nuevo caso requiere de apoyo personalizado y constante. Esta difícil tarea es a la que Carlos dedica parte de su tiempo, su dinero y su corazón completo. Después de los años que tenemos juntos, yo me he preguntado más de una vez si esos treinta pesos del día, a veces más, a veces menos, no deberíamos dedicarlos para comprarnos zapatos, o para vestir a nuestro hijos, y la respuesta dentro de mí siempre ha sido no, porque cada correo que él deja de responder al día es un corazón que puede dejar de latir. Y aunque en este mundo loco que nos ha tocado del nuevo milenio sea cotidiano el bombardeo de muertos por doquier, yo sigo pensando que cada vida vale lo que todos juntos como humanidad valemos.

Así como a él le han contactado ya para estas fechas unas nueve mil almas -según nuestro censo por Internet-, han habido quienes al saber que existe se han aventurado en largos viajes para conocerlo y hablarle. Así, recuerdo a Francisco, un paisano de Uruapan, Michoacán que lo escuchó en radio y nos fue a buscar a Pátzcuaro. Él había tomado antirretrovirales por ocho años y le seguía pareciendo extraño no tener ningún síntoma del sida. Martín, de Toluca que supo de él por Monarcas México y nos fue a ver, se alojó con nosotros después de ser detectado como falso seropositivo por herpes y es el actual presidente de la organización en nuestro país. A Ismael que vino desde Miami a San Pedro sólo por conocerlo y cruzar con él unas palabras. A Eugenia que lo conoció en India, y vino a verlo desde Canadá para filmarlo. En fin, la lista es muy variada y está compuesta por mexicanos de diversas partes de la república que han venido desde Nayarit, de Veracruz, de

Nuevo León, de Hidalgo, de Puebla a ver al que se salvó de morir de sida... Y la lista continúa creciendo.

Lo que a mí me ha quedado claro en estos años, no sólo es que Carlos es un ser extraordinario, sino también, como me dijera un investigador de la UNAM, al hacerle saber de nuestra labor: “estas cosas nadie las está haciendo”. Por fortuna, fuera del medio académico existe un mundo conformado por gente que de una u otra manera sí lo hacen y esa es la disidencia. Gente de todo el planeta, seropositivos en su mayoría y médicos visionarios los demás, que desde sus propias trincheras y sin fines de ganar millones en el intento, arriesgan parte de su existencia para dar a conocer esta otra perspectiva, una visión de vida para el sida.

Los principales retos a los que nos hemos enfrentado en este ejercicio de divulgación de las ideas de la disidencia han sido, entre otros, el destierro de familiares y amigos, para quienes somos una suerte de zombies que caminan y que ven a nuestros hijos como si estuvieran a punto de morir en cada catarro; la reticencia de quienes escuchan nuestra historia, y piensan que lo siguiente es que comenzaremos a venderles píldoras maravillosas para curarlo todo (que ha sido una de las injurias que se han sucedido en la prensa en contra de nuestra organización); la falta de apertura en los ámbitos académicos para que el tema se discuta; y lo más terrible, la negligencia de la mayoría de los medios masivos de comunicación en México, quienes al tratar el tema dan por sentado que la ciencia médica nunca falla y toman como doctrina de fe las ideas generadas en los textos, como si no hubieran sido también escritos por mortales y deberían estar sujetos aún al escrutinio público en busca de alternativas de salud más adecuadas a los tiempos modernos.

Así también, cualquier persona poco enterada se siente con el derecho de descalificar nuestra labor por considerarla inmoral; lidiamos con los severos juicios de los familiares de quienes han fallecido ya por sida, y al encontrar nuestra historia sufren arrebatos de rabia donde nosotros somos el blanco principal por distribuir lo que llaman algunos “mentiras sin sentido”; del mismo modo, en este oficio hay que saber 'safarse' mental y logísticamente de las amenazas de los laboratorios farmacéuticos que fabrican antirretrovirales y de las organizaciones civiles que distribuyen sus productos y fomentan su utilización -muchos de ellos, sin saber el otro lado de la historia-, pues cada acción de nuestros miembros representa un atentado para su maquinaria mortal de millones de dólares.

Alguna vez, y sólo por mencionar un ejemplo, cuando Carlos salió de dar la conferencia con su testimonio en Playa de Carmen, lo alcanzó un distribuidor de antirretrovirales que le dijo textualmente: “Usted no puede andar por ahí hablando así joven”. Carlos le sonrió y respondió: “Claro que sí, vivo en un país libre”. La respuesta del representante de algún laboratorio fue: “Pues no debería, porque usted tiene hijos y no querrá que les pase nada”. Frases como éstas se escuchan cada vez que él se presenta públicamente a hablar del asunto.

Cuando estuve en contacto por segunda vez con la gente de Amnistía Internacional en 2006 para hablar respecto de la labor de nuestra organización, su consejo fue que debíamos desaparecer, o por lo menos cambiar de ubicación y estarnos tranquilos un rato -es decir, sin reflectores- si queríamos seguir con vida, pues estábamos ya en el punto en que estábamos siendo molestos para el *stablishment* que para estas fechas nos tiene muy bien ubicados por

nombre y apellido. Se me informó en esa charla que el asunto del sida y su problemática de transfiguración, era exactamente igual que el negocio mundial de la venta de armas, el avance de los transgénicos, etcétera.

Salí de esa charla muy descorazonada y todavía llorando hablé largamente con Lulú, mi hermana mayor, para pedirle que si a Carlos o a mí nos llegaba a pasar algo, adoptara a mis hijos y les cambiara el nombre para que nunca se les pudiera relacionar con nosotros o con nuestro trabajo. Después hablé con él y le hice saber que lo mejor era retirarnos de nuestra labor si queríamos mantener el pellejo en su sitio. El se ríó mucho y me preguntó de dónde había sacado yo tanto miedo, si justamente nuestra organización fue creada para protegernos; cuando le conté de la plática que recién había tenido, me pidió que lo olvidara todo, porque esa era sólo una parte de nuestra historia. Luego me encontré un correo de un seropositivo que acababa de recibir su libro y le enviaba miles de bendiciones por existir, lo miré y me pregunté: ¿cómo se me ocurre pedirle que deje de hacer esto?

De manera que lo que estoy haciendo con este texto, es hacer completamente lo opuesto de lo que se me ha recomendado, como tradicionalmente he hecho con las decisiones importantes de mi vida desde que recuerdo tener uso de razón. Un día me levanté muy tempranito y comencé a escribir lo que inicialmente se llamó *Mi vida con un cocinero* y le dije a Carlos: “Amor, voy a salir del closet”. Lo que espero que suceda con este conglomerado de historias, es que quede claro que no somos las personalidades que aseguran los que nunca nos han visto o que saben de nosotros sólo por Internet; y para aquellos que opinan que nuestra labor tiene que ver con saciar una necesidad interna de reconocimiento y dinero, mis más sentidas gracias, pues han contribuido a que Carlos se vuelva el mito que ahora es,

cuando la gente lo imagina como el millonario sentado en su playa, mientras nos encontramos siempre a 'salto de mata', moviéndonos por seguridad y con el 'Jesús en la boca' por el qué vamos a comer mañana.

Por lo demás, intentando ser más gráfica, agregaré que este libro está siendo escrito desde una máquina prestada, que se ubica sobre una mesa prestada también y mi silla había sido hasta hace dos días una pila de ladrillos. Cuando Carlos me dijo que John Lenon había escrito así su primera canción, me pareció suficiente para asegurar su éxito como pieza literaria.

## VI. MUDÁNDONOS POR SIEMPRE

Cuando digo que vivimos 'a salto de mata', no lo digo por utilizar una figura retórica coloquial, a lo que me refiero acá es a las doce ocasiones en que hemos cambiado de casa en los últimos cuatro años, desde que estamos juntos. Cuando recién nos conocimos, Carlos me hizo saber que algo que quería lograr era dejar de tener la vida metida en una mochila... Más pareció que me decía súbete a mi planeador y continuemos el rondar eterno.

Desde mediados del 2002 hemos vivido juntos unas tres de veces en Morelia -en cuatro diferentes sitios; una vez en Pátzcuaro, donde duramos más un poco más; dos veces en el pacífico, en Sayulita, Jalisco, en tres locaciones distintas por períodos cortos de tiempo; dos ocasiones más en San Pedro Pareo -en la ribera del lago de Pátzcuaro en Michoacán; una vez en la Ciudad de México, obligados por las circunstancias y ahora, en el estado de Morelos, donde esperamos establecernos de manera más prolongada... Pero como diría Carlos, la vida es así impermanente y jamás se mantiene igual, así que aquí aplica aquello del 'ahí Dios dirá'.

Una constante de todos los sitios en los que hemos estado es que hemos vivido siempre con bajos recursos, y por lo tanto, únicamente con lo indispensable. A veces hemos tenido cama, otras no, a veces hemos tenido estufa, y cuando no, nos hemos adaptado muy bien a las circunstancias cocinando con alcohol sólido que ahora se consigue en México en latas, a modo de fuego para campamentos; en los mejores momentos hemos tenido refrigerador y



algo que ha sucedido de manera recurrente ha sido que en algún momento de las mudanzas eternas lo hemos perdido todo y hemos tenido que recomenzar sin nada. Nos hemos mantenido como recién casados a cada paso, me dice Carlos cuando me ve que he perdido un poco el ánimo. Pues aunque soy descendiente de ferrocarrileros por parte de madre y padre, por tres generaciones, nunca me había mudado tanto en mi vida, y a veces me ha resultado difícil adaptarme a algunas circunstancias. Carlos, por su parte, vivió siempre cómodamente gracias a su madre, primero, y a su trabajo, después, así que supongo que a él le ha costado más trabajo que a mí nuestro eterno huir y recomenzar.

Después de morir su padre por las complicaciones del cáncer, Carlos volvió a San Pedro y regresó más enfermo de lo que se había ido, tenía mucha tos y respiraba con dificultad. Yo seguía yendo y viniendo a Morelia con los críos por el trabajo con la agencia y estaba tramitando mi vuelta a la universidad estatal como profesora de investigación en la Escuela de Bellas Artes -lo que eventualmente conseguí después de presentar los exámenes de oposición respectivos y quedarme con un par de grupos. Parecía entonces que volveríamos a Morelia, ya con algo más seguro de trabajo, así que me acerqué con la gente de la universidad nacional para recomenzar mis labores de investigación con el Campus Morelia. Laura Barraza, investigadora en temas de ecología a través de la educación ambiental, recibió muy contenta mis propuestas de trabajo y ese mismo mes que la fui a ver comenzaría mi trabajo con ella, sin embargo justo el día que íbamos a retomar tuve que ingresar a Carlos al hospital, pues se le dificultaba ya muchísimo respirar.

Pasamos dos semanas en el hospital Civil de Pátzcuaro, donde le estuvieron aplicando suero, oxígeno y nebulizaciones. Como lo vieron muy flaco y había tenido algunas diarreas,

le aplicaron, sin avisarnos, pruebas de VIH a las que dio positivo; a los dos días me dijeron que ya me lo podía llevar a casa pues él ya estaba respondiendo muy bien. Por poco se muere ese día en la noche con la garganta completamente cerrada. Al día siguiente volví a llevarlo de nuevo al hospital y me dijeron que ahí no podían hacer nada más por él, así que tomé el coche de mi madre y lo llevé al hospital en la Ciudad de México que nos había recomendado Carla, su hermana, el Instituto Nacional para Enfermedades Respiratorias (INER). Cuando salimos del hospital en Pátzcuaro, no nos facilitaron ambulancia alegando que sólo tenían una y cuando les pedí un traslado, me llenaron un formato de mala gana donde decía que se trataba de un caso de sida. Cuando a nosotros lo único que nos habían dicho era que se trataba de una bronquitis.

Lorena, la hermana mayor de Carlos, llamó al hospital para saber de su estado de salud y le preguntó al médico que lo había tratado si se hacía responsable de su traslado en las condiciones en que se encontraba. El médico le preguntó si sabía qué era lo que tenía Carlos, a lo que ella respondió que sí; el doctor le dijo que no era su responsabilidad y que "haber si alcanzaba a llegar con vida" a la Ciudad de México. De eso yo me enteré cuando ví a Lore en el INER, después de seis horas de viaje en un Volkswagen.

Llegamos a la Ciudad de México, después de que Carlos de nuevo estuvo a punto de sufrir un colapso al pasar por la Marquesa -una zona boscosa muy fría y que se encuentra a gran altitud cerca de Toluca- antes de llegar al Distrito Federal. Se estaba poniendo completamente azul y le costaba mucho trabajo respirar. Finalmente llegamos después de horas de viaje al hospital al sur de la ciudad. Cuando lo recibieron en el INER, yo había roto los papeles del traslado para evitar que lo ingresaran como un caso de sida, pero él mismo

les dijo que era seropositivo en su desesperación por que lo atendieran con prontitud. Ahí comenzó un capítulo en la vida de Carlos que él nunca antes había experimentado al estar en manos de las autoridades de salud nacionales como un paciente de sida.

Lo ingresaron, entonces, a urgencias y le pusieron una cánula interna que iba desde la muñeca hasta el corazón. Los médicos que lo atendieron al llegar no dieron más información ni a mí, ni a Lore, que nos acompañaba. Después de que pasaron tres horas, me acerqué a pedir información sobre su estado, por enésima vez, al ver a uno de los médicos que lo habían ingresado. El tipo me trató muy mal, gritando me hizo saber que Carlos estaría ahí por lo menos dos meses y me dio un portazo en la nariz. Yo pasé llorando dos horas en la sala de espera, después de eso.

Unas horas más tarde me llamaron de los servicios sociales del hospital para hacerme un estudio socioeconómico; después de enterar a la encargada de que estábamos ambos sin ingresos -pues yo había perdido ya para entonces la opción de la UNAM, no estaba ejerciendo en la agencia por no estar presente y las clases de la universidad estatal no comenzaban sino hasta dos meses después-, se me hizo saber que nos aplicarían la tarifa media de lugar y me hicieron firmar un documento donde me comprometía a pagar antes de retirar el cadáver del hospital. Después me hicieron saber que había un dispensario en una iglesia cercana donde podía alojarme gratuitamente. Salí de ahí a llorar por otro par de horas, hasta que llegó mi hermana Lulú, al saber que estábamos en México y me llevó a cenar, ahí me cambió el humor y me volvió el alma al cuerpo al tener una cobija para quedarme a dormir sentada en la sala de espera, como hacen todos los familiares de los enfermos.

Esa misma noche, pasaron a Carlos a lo que nosotros bautizamos como el pabellón de la muerte, un ala del hospital donde confinan a los seropositivos y donde las enfermeras usan hasta protección para los ojos. Me dejaron quedarme con él esa noche aunque no tenía pase, y me hicieron saber que podría tramitar un permiso de estancia por venir de fuera de la ciudad. Me quedé a dormir en una silla con la cobija que me había llevado mi hermana, ahí mismo a los pies de su cama por los siguientes tres días. Ahí estuvo Carlos internado por casi un mes. Yo pasé las primeras tres semanas con él, hasta que mi madre me llamó para hacerme saber que Paulo se había despertado diciéndole que soñó que la casa de San Pedro volaba, con la noticia volví a Morelia.

El compañero de cuarto de Carlos era un gay que estaba ahí hacía mes y medio, cuando lo conocimos supimos que tomaba antirretrovirales y entonces comprendimos que su estado general era el de intoxicación por los medicamentos. Sufría de arritmia, insomnio, náuseas, dolores de cabeza, hinchazón abdominal, etcétera. Cuando le preguntamos dónde obtenía su medicina, nos dijo que se la regalaban en la Condesa en una asociación civil: así supimos que distribuyen los fármacos sin los anexos que hablan de las contraindicaciones. Después de pasar tres semanas con Carlos, salió del hospital tomando medias dosis de antirretrovirales y convencido de que ésto era lo que lo estaba enfermando.

En esa estancia hospitalaria, Carlos conoció lo que le faltaba saber del sida: cómo se les trata a los pacientes en los hospitales, pues cuando él pensó que estaba enfermando, fue a India a que lo curaran allá, de modo que jamás había sido tratado como paciente infeccioso, hasta ahora. Ahí comenzó a escribir su segundo libro, después de enfrentarse a la

perspectiva de los médicos y al estar dependiendo de ellos por completo. A los tres días de estar quedándome con él, vinieron unos médicos a intentar aplicarme a mí pruebas de VIH: yo los mandé amablemente al carajo y les hice saber que era mi derecho que no se me tocara, por lo que no tuvieron más opción que retirarse. Para entonces yo había contactado ya a Roberto Giraldo, en Nueva York para hacerle saber de la condición de Carlos.

Él nos acompañó en todo el procedimiento con su cariño inmenso y nos hizo saber qué era lo que estaban realmente detectando las pruebas conforme se las aplicaban. Un día, me dijo claramente que en cuanto intentaran aplicarle tratamiento antirretroviral deberíamos huir del lugar. Al recibir ese correo de Roberto volví a hablar con Carlos para hacerle saber que ya tenía una ruta alterna para salir de aquella fortaleza en cuanto se sintiera mejor. Cerca del cuarto donde nos alojábamos se surtía el gas a las casas contiguas y pensé que por unos cuantos pesos podrían prestarme una escalera para sacarlo por la salida de emergencia del pabellón. Afortunadamente no hubo necesidad de hacerlo.

En esas primeras semanas pasaron algunas cosas importantes para nosotros, primero que yo me puse en contacto con la mayoría de los pacientes del pabellón para hacerles saber la otra historia del sida, al igual que a sus familiares. Un día, escuche en el pasillo a una de las doctoras muy afligida porque tenía a un paciente recién detectado como seropositivo que tenía tres días sin comer y sin dormir, y su comentario era que así iba a morir más pronto. Le pedí permiso para ir a hablar con él, cuando le conté de las perspectivas de la disidencia, comió y cuando volví a visitarlo ya se había dormido; él salió del lugar tres días después.

Así mismo, ya para la primera semana de nuestra estancia, yo conocía a la mayoría del personal y le había pedido al coordinador de los médicos que no permitiera que Limón -el pasante que había ingresado a Carlos y había sido muy grosero conmigo- se nos acercara, cosa a la que muy amablemente accedió. Ya para entonces nos habían llevado una silla reclinable donde yo me quedaba a dormir. Seguían pasando los días y él me pidió que fuera a revisar su correo, que debía estar ya muy saturado. Así, comencé yo por primera vez a estar en contacto directo con el trabajo de Carlos y de Monarcas. En una semana envié unos quince libros y contacté a un sinnúmero de gentes en pánico con las páginas web de la disidencia, o directamente con la red monarcas en México, Perú, Argentina y Estados Unidos.

Para la tercera semana de su estancia en el hospital, dejando a Carlos bastante mejorado, regresé a Morelia a ver a los niños que jamás habían estado tanto tiempo sin nosotros. Justo cuando volví, me llamó desde un celular que le había regalado Lore, para hacerme saber que una de las doctoras había encontrado su página en el Internet y que le habían armado un consejo de médicos, comenzando por el director del INER, para hablar con él respecto de la información 'sin fundamento' que estaba distribuyendo. Para entonces nadie en el pabellón daba crédito a su recuperación y parte de la charla tuvo que ver con preguntarle cómo estaba haciendo para mejorarse, pues al momento sólo le aplicaban bactrim para el neumococo que habían descubierto que le aquejaba y algunas soluciones de suero para recuperar su peso.

Carlos salió del hospital a la semana de que eso pasó y después de que le hicieron pruebas de todo tipo y determinaron que estaba muy bien de salud, salvo por su bajo peso. Le

hicieron saber, antes de irse, que no podría vivir más en la zona del lago por el frío intenso y que no podría trabajar más en cocinas por el exceso de calor al que debe exponerse. Así comenzó nuestra penúltima mudanza.

Para cuando esto sucedía, Carlos había conseguido alojamiento en la Ciudad de México con un amigo suyo de la infancia, Armando Kobel, que cuando supo de su situación, lo invitó a venir a vivir con él en lo que se recuperaba. Yo seguía en Morelia con mi trabajo de la agencia de investigación y preparándome para comenzar las clases con la universidad estatal. El plan era rentar un lugar para que él volviera a Morelia.

Sin embargo, un mal día, sostuve una discusión muy fuerte con el abuelo, padre de mi mamá, en la que salió a colación que el menor de los hijos de mis primas hermanas en Tamaulipas -un bebé de cinco años- estaba siendo abusado sexualmente por el hijo mayor de otra de las primas, de 12 años. El tema se presentó porque el abuelo quiso opinar respecto de la salud de Carlos y yo me enfadé de más y le respondí muy poco cordialmente que si quería resolver algo, resolviera eso. Mi madre en ese momento se llevó a mis hijos, los encerró en casa de una vecina y llamó a un abogado para intentar comenzar un juicio para que el estado se hiciera cargo de ellos. Evidentemente los planes cambiaron al momento.

Yo había ya echo mis maletas hacía un par de días, pues ya estaba apalabrada la casa a donde nos mudaríamos cerca de la UNAM. Así que en cuanto llegó el abogado y les hizo saber a los vecinos que lo que estaban haciendo era ser cómplices de un secuestro, liberaron a mis hijos, de inmediato me subí a un taxi y me refugié en casa de unos amigos de

la Universidad -Pablo Alarcón y Adriana, su mujer-, quienes al saber lo que estaba pasando se ofrecieron a ir por mis maletas y me prestaron 600 pesos. Pablo me llevó a la central de autobuses y esa misma noche llegue a la Ciudad de México con mis hijos y tres maletas por mudanza. Lulú, mi hermana, nos recogió y nos dio alojamiento por dos meses en los que yo pasé noches enteras sin dormir, pues en cuanto conciliaba el sueño tenía pesadillas de cómo mi madre secuestraba a mis chiquitos una y otra vez.

Mientras tanto, Carlos seguía alojándose con Armando, a quien para entonces cariñosamente había apodado el santo pato de Atocha, quién ya incluso le había hecho cartas de recomendación para ingresar a laborar con el gobierno entrante de Morelos, al enterarse que planeábamos movernos hacia allá. Así, de milagro en milagro, pasamos dos meses más, gracias a la ayuda económica que comenzó a llegarnos desde diversos puntos del planeta y gracias al trabajo que Carlos comenzó a hacer en cuanto salió de la cama del hospital.

En cuanto pudimos, nos mudamos a Morelos a un departamentito de dos por dos, le apodamos el depa japonés. Cuando llegamos, el sitio me parecía algo deprimente, pero en cuanto vi como mis hijos comenzaron a comer y a dormir de manera normal otra vez, sólo por ver a su padre a diario, se me pasó el mal trago y me fui a ver a la gente de la Universidad Nacional -que tiene también un Campus con 6 centros de investigación en Morelos- y que sabían de mí desde su área de difusión, gracias a que Gabriel Alvarez había mandado mis documentos de trabajo con cartas de recomendación en cuanto supo que nos estábamos mudando para acá.



Aunque el mismo abogado me había hecho saber que las contrataciones no aplicaban hasta el año próximo por estar en fin de año, fui a llevar de nuevo mi curriculum y salí de ahí con el número uno de la Gaceta del Campus para traducirla al inglés. La entregué a los siete días y de ahí mismo, Karla Cedano -la encargada del área de extensión- le llamó a un bufete de ingenieros que dan servicios a Pemex -la compañía petrolera nacional- para recomendarme como traductora.

Mientras tanto, Carlos comenzó de nuevo a ofrecer sus cursos de meditación, con muy buena respuesta de sus exalumnos y ha sido invitado a ser coordinador de producción de una serie de documentales sobre las artesanías en la República con el patrocinio del Banco Nacional de México. La primera filmación a la que asistió ya, y gracias a la que hemos podido vivir estos días, fue el día de muertos en Michoacán a principios de noviembre. Que por cierto, se grabó en el lago de Pátzcuaro, donde los phurépechas mantienen todavía en algunos sitios intacta la celebración.

Por lo demás, al mes de estar en el microdepartamentito y justo cuando íbamos a avisar a los dueños que dejaríamos el lugar por buscar algo más *ad hoc*, nos ofrecieron mudarnos a otro más grande que acababa de desocuparse dentro del mismo complejo. Ese mismo día completamos el cambio de nuestras maletas, el colchón y las colchonetas que nos donó su hermana Bellina y la computadora que nos prestó buenamente el amigo Fer, quien por cierto la bautizó como Panchita.

## VII. MATA MÁS LA ESPERA

“Mata más la espera que la enfermedad”, según reza el dicho, y para el caso del sida, la referencia aplica a la perfección. La mayor problemática que representa actualmente ésta enfermedad en el mundo es que nos han mentido demasiado al respecto. A estas fechas el imaginario colectivo que se echa a andar cuando se menciona la palabra sida tiene que ver más con el homosexualismo y la promiscuidad -por el trabajo de los medios masivos en las últimas décadas-, que con un colapso del sistema inmune que puede suceder a cualquier persona.

La enfermedad ha estado tan envuelta en la desinformación, que incluso los profesionales de la salud caen en errores garrafales al tratar a los pacientes con inmunodeficiencia. Hemos llegado a una barbarie tal, que actualmente en muchos puntos de nuestro país, cuando llega a un consultorio médico un homosexual con tos, se le recetan antirretrovirales sin hacer pruebas de detección, por ejemplo.

Cuando se sabe que un niño tiene padres seropositivos, se le niega el acceso a la educación formal; cuando un marido heterosexual da positivo a las pruebas del VIH, la esposa puede pedir el divorcio y se le concede más rápido que si se tratara de un drogadicto, un golpeador o un bígamo; en los Estados Unidos de Norteamérica -la supuesta mayor democracia del continente-, todavía hoy el Estado se encarga de obligar a los matrimonios seropositivos a consumir antirretrovirales incluso en caso de embarazo; a las mujeres seropositivas que dan a luz se les quita a sus hijos hasta que han perdido la leche con la justificación de que el

amamantamiento es una vía de contagio. La lista de errores causados por los prejuicios es interminable.

La pregunta obligada entonces es: ¿Cómo fue que caímos en errores tan graves respecto de ésta enfermedad? La confusión comenzó en la década de los ochenta, a fines del siglo pasado, cuando se detectaron los primeros casos de sida en el mundo en comunidades de homosexuales en los Estados Unidos de Norteamérica. Los franceses y los estadounidenses se pelean aún la paternidad de lo que en aquellos días anunciaron como la “posible causa del sida”: el virus del inmunodeficiencia humana. Sin embargo, habiendo pasado ya un cuarto de siglo desde entonces, nadie ha probado aún esta teoría. Y aún así, sin evidencia científica contundente, el supuesto ha servido para matar gente por intoxicación unos -al consumir los medicamentos que en sus contraindicaciones dicen claramente que no se asegura que con el tratamiento el paciente experimentará alguna mejoría- y, otros muchos, de miedo y desazón.

Se sabe, por otra parte, que la enfermedad no se comporta como una epidemia, que las pruebas de detección no son específicas -como se ha mencionado en líneas anteriores-, que los medicamentos que se le recetan a los enfermos matan a la gente sana, etcétera. Vemos pues, que la enfermedad ha pasado de ser una amenaza latente, a un terror psicológico.

Los casos de sida en el mundo siguen apareciendo y se le sigue achacando al virus la enfermedad, pero al no tener al agente en la mira, hay quienes dicen que estamos ante la presencia de una enfermedad causada por desnutrición y exceso de toxicidad en el cuerpo... Y lo mejor, que este es un estado reversible que se logra de manera muy económica. Y está

aquí la mayor de las desgracias del sida: la maquinaria farmacéutica millonaria que se ha generado con los años para atender a los enfermos es ahora el ancla para los que consideran que la enfermedad se cura de maneras económicas y seguras. Por lo demás, se sabe que con la aplicación de tratamientos antirretrovirales no se ha salvado a ningún paciente.

Cada vez más, a lo largo del planeta se dan a conocer casos de gente que se ha salvado de la enfermedad, el común denominador en muchos de los casos ha sido que se trata de gente que no ha consumido los famosos cócteles que receta el *stablishment* médico mundial a precios de locura en dólares. Las deudas en el caso de los países del tercer mundo las contrae el Estado y las pagamos todos a través de los impuestos, seropositivos o no.

Más allá de la economía del sida, uno de los temas más álgidos de tratar al hablar de la enfermedad es el terror y el destierro por el que pasan los supuestos seropositivos. El médico mexicano Juan José Flores, halópata -de la organización civil Vivo y Sano México-, cuenta en la actualidad con más de tres mil casos curados de sida, y cuando se le ha preguntado cómo lo logró, él ha dicho que lo más importante es el diagnóstico y el compromiso del médico para ayudar a sus pacientes a recuperarse.

La importancia del diagnóstico es tal, que cuando se sabe que las pruebas que actualmente se utilizan para detectar el supuesto VIH no son específicas para mostrar la presencia de un virus, sino que señalan simplemente el nivel de desgaste del sistema inmune, se puede emprender entonces la búsqueda del origen real de este colapso en cada caso particular. Como atinadamente señala Giraldo (11), las causas pueden ser muy diversas y no tienen

nada que ver con contagios de persona a persona a través de líquidos corporales como sangre, secreciones genitales y leche materna. Se sabe, además, que no hay evidencia científica clara para determinar que una vez positivo en las llamadas 'pruebas de sida', el individuo desarrollará la enfermedad, ni para señalar que la afección se trasmite de la madre al feto, ni que el sida puede tratarse con medicamentos antirretrovirales de manera segura y libre de efectos secundarios serios. La misma administración de drogas de los Estados Unidos (FDA) muestra información en sus páginas web que señalan que el consumo de antirretrovirales no necesariamente llevará a un paciente a librarse de la enfermedad.

Según afirma Heinrich Kremer, médico alemán estudioso de las mitocondrias celulares, "los medicamentos como el Bactrim, aplicados a los enfermos, están compuestos de dos sustancias: una es citostática e impide la división celular (es la usada en quimioterapia). Las otras, las sulfanomidas, inhiben la producción de ácido fólico, que es la vitamina que el cuerpo necesita para formar el material genético. Estas dos sustancias juntas disminuyen la proliferación de células inmunitarias y matan todas las células, incluidas las mitocondrias, que son las bacterias encargadas del transporte de energía de una célula a otra. Se puede afirmar entonces que este tipo de medicamentos, a mediano plazo, matan" (12).

Así mismo, se conoce ampliamente sobre los falsos positivos que muestran de las pruebas de sida sin la presencia del vih, pues la misma ciencia médica lo ha documentado a lo largo de los últimos 25 años (ver bibliografía). Cuando se recibe un diagnóstico erróneo sobre una hernia, o una ceborréa, la afección se resuelve cambiando de tratamiento, pero la falta acá es que cuando se dan los resultados de falsos positivos al vih, lo que se entrega a los pacientes es una sentencia de muerte. Se obliga a las personas a cambiar su vida y a

prepararse para morir, además de que a partir de ese momento se les etiqueta como un peligro para todos los que les tienen cerca. Justamente en este mismo mes, en México la milicia ha decidido que ningún miembro seropositivo puede permanecer en sus filas... Y la pregunta es, de nuevo ¿Qué tal si no fuera una enfermedad viral?

Para mí, es claro, desde antes de que nacieran mis hijos -que han sido sanísimos, vale decir- que Carlos no es en mi vida un peligro, que besarlos o mantener una vida sexual activa con él no significa que voy a morir de sida. Sin embargo, ha significado también enfrentarme a toda la familia al grado de cortar relaciones con la mayoría de ellos, que han pasado por no querer estar con nosotros en las festividades navideñas por el riesgo del contacto de sus hijos con mis hijos; y hasta a intentar que el estado se haga cargo de Paulo y Panchito, por suponer que sería mejor para ellos vivir en un orfanato que con sus propios padres.

Cuando llevé a Carlos de Michoacán a la Ciudad de México para internarlo por neumonía a mediados del 2006, al salir de casa de mi madre -que me prestó su carro para trasladarlo- me dijo: "Hija, habías de aprovechar para hacerte tú también la prueba"... No tuve tiempo de hablar al respecto con ella, pero pensé, cómo es posible que con Carlos tengamos una organización establecida ya en siete países para divulgar estas ideas y que mi propia madre no acabe de enterarse que si nos las aplicaran al 99% de la población mundial, eventualmente todos daríamos positivo.

¿Y cuál es la lección entonces? Que no todo lo que dicen los médicos es una verdad absoluta, que la ciencia básica es una entidad en construcción, y que cómo dijera el celeberrimo Quino -caricaturista argentino-, un millón de vacas si pueden estar equivocadas.

En mis ires y venires, aún hoy y desde que estoy con Carlos, cuando camino por la calle y veo gente con el típico cuadro de intoxicación por antirretrovirales -delgadérrimos, con los pómulos hundidos, la barriga inflamadísima y la mirada perdida-, no dudo en detenerme y hablarles de cómo es posible recuperar la salud buscando otras opciones médicas.

El virus del vih, el fantasma más grande la historia, puede ser la más horrorosa de las mentiras inventadas por la ciencia médica moderna -que no se ha detenido a pedir la evidencia necesaria antes de decretar la muerte a gente sana-, y resulta un error que nos ha costado ya muchos muertos.

Lo más inentendible del debate actual sobre el sida, es que no hay tal. Las autoridades de salud, los laboratorios que distribuyen veneno y las instituciones que tienen que ver con las políticas de salud internacionales, están negadas a la posibilidad de discutir siquiera algo que no han acabado de demostrar. Aún cuando existen públicamente los testimonios de científicos que han obtenido premios Nobel, en el sentido de que evidentemente se está cometiendo un error al tratar al sida como un síndrome adquirido y al mantener la idea de que es causado por un virus.

Se sabe, por otra parte, que las revistas arbitradas internacionales están en la cerrazón de no publicar nada que tenga que ver con el asunto, y queda claro que antes de evidenciar que los antirretrovirales matan a gente sana y que las pruebas de detección no son suficientes para determinar que alguien morirá por una infección viral, los encargados de la salud en el primer mundo insisten en someternos como tercermundistas a endeudarnos para conseguir su basura médica -como se hace también en el caso de la comida. Vale decir que gracias al

Internet esto está cambiando, hoy en día existen más de 400 sitios públicos de acceso libre en la red donde las personas de todo el mundo pueden enterarse de esta otra perspectiva del sida (ver anexo).

Alvaro Echeverría, magnetoterapeuta mexicano con muy buenos resultados en el tratamiento de seropositivos -entre los que cuenta más de cien casos de gente en buen estado de salud-, me contaba alguna vez una anécdota que le robaré justo ahora. Cuando su maestro, el doctor Issac Goiz -quien recibió el doctorado Honoris Causa en Medicina Bioenergética por la Universidad de Oxford con su trabajo *El sida es curable* (13)- asistió a un encuentro auspiciado por la Organización Mundial de la Salud (OMS) en Ginebra, Suiza, donde se reunió en 1994 a la gente que tuviera ideas de cómo tratar de manera eficaz el sida. A lo largo de una de las charlas, al Dr. Goiz se le acercó un personaje de la propia organización quién al preguntarle si él era quién aseguraba que el sida se cura, le dijo: “Usted debería irse porque se está arriesgando a que lo maten”. Un dato curioso en este caso, es que éste médico llega a la conclusión de que el sida es perfectamente curable, sin cuestionar la existencia del virus.

Así, entre persecuciones, ha surgido la disidencia, desde los ámbitos más diversos -la ciencia básica, la medicina clínica, el periodismo especializado y las organizaciones civiles- se ha mantenido un diálogo de sordos al plantear la posibilidad de abrir la discusión sobre el origen de la inmunodeficiencia y la existencia del vih -que aun cuando nadie lo ha visto, ha servido para mantener una superestructura de salud, que por ahora ha valido más para generar miedo y sembrar la muerte a su alrededor que para salvar vidas. Al propio Roberto Giraldo, sus colegas en Colombia le plantearon la posibilidad de recluirse en una institución



mental, después de hablar públicamente de estas ideas. Eso le obligó a exiliarse fuera de su país y radicar en Nueva York, desde donde se desplaza a todo el mundo para continuar como activista científico la lucha por el replanteamiento de la enfermedad.

Un buen ejemplo de cómo funciona la labor de los disidentes del sida es el caso del Stefan Lanka, doctor en Ciencias de la Naturaleza y biólogo molecular, quien en 1988 logró aislar el primer virus en un alga marina eucariota, el *Ectocarpus Siliculosus* (EsV). Este virólogo alemán se ofreció para testimoniar, bajo juramento, que el vih no existe ante un tribunal de la ciudad de Göttingen, que juzgaba la acusación de 14 asesinatos y 5,800 intentos de asesinato contra un médico por supuesta negligencia al utilizar sangre para transfusiones. Ni un sólo científico oficial se presentó a defender la tesis vih=sida y el tribunal absolvió al acusado (14).

A lo largo de los años, la evidencia en contra del uso de fármacos antivirales como tratamiento para el sida ha crecido. “En 1987 las autoridades sanitarias norteamericanas admitieron el uso de AZT en los enfermos de sida, y desde 1990 ampliaron su aplicación a seropositivos, a pesar de los informes técnicos que desaconsejaban su uso. El AZT fue diseñado en los años 70 como quimioterapia para los tratamientos de cáncer, pero no llegó a aplicarse ante lo agresivo de sus efectos secundarios. El sida lo reactualizó y hoy en muchas tumbas reposan los efectos del AZT. En la actualidad, unas 200,000 víctimas siguen envenenándose con ésta droga... Para el doctor Deusberg, el tratamiento por acidotimidina es simplemente ‘sida de diseño’; es decir, que si sólo eres seropositivo, el AZT se encargará de desarrollar el sida, y en poco más de año y medio, matarte“ (15).

Lo importante entonces es que todo aquel que esté cerca del sida se mantenga bien informado, que exijamos nuestro derecho como pacientes y familiares a que se nos hable de las diversas opciones de salud que existen alrededor de la afección antes de decidir si se nos aplica un tratamiento u otro, y lo más importante -como diría Juan José Flores-, que el diagnóstico sea exacto y que no quepa duda de cuál es la problemática real que nos aqueja, pues se sabe a estos días que el sistema inmune puede colapsar por las más diversas causas. Es apremiante que cambien las políticas internacionales de salud que obligan a las instituciones y a los profesionales de la salud a aplicar en todos los casos el protocolo de los antirretrovirales, pues con ello obligan a todos los seropositivos a emperorar su situación.

Así que si usted ha sido detectado como seropositivo no se deje caer al abismo infame del dolor y del miedo, y busque apoyo en nuestra inmensa red, seguramente podremos ayudarlo. Cabe decir que se ha estado por largo tiempo bajo un tratamiento antirretroviral, no pueden dejarse los medicamentos de un día para el otro, se requiere de apoyo profesional para no sufrir descompensaciones que podrían ser muy gravosas para la salud. Es importante que una vez que se da positivo a los exámenes de Elisa, Westen Blot o PCR, el paciente comience una búsqueda personal de cuáles son los posibles hábitos que en su vida cotidiana pueden haberlo llevado a ese estado extremo de intoxicación y malnutrición, para que sea posible entonces revertir el proceso.

En este intento de vida, estamos los que por las razones más diversas hemos decidido dedicarnos a divulgar esta información, aún a costa de las injurias de aquellos que quisieran mantener las cosas como están -aunque haya que matar a unos cuantos miles en el camino-, y de las persecuciones y amenazas que esto implica; pero acá, como bien dijera Luis

Botinas, reconocido disidente español, “la verdad se defiende sola”. Por esto ha nacido este libro, porque tal vez si usted se entera, no morirá.

## REFERENCIAS

\* Diana Elizabeth Villagómez-Oviedo es licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Se ha desempeñado mayormente en la producción de video, la generación de textos propios y la corrección y traducción de los ajenos. Tiene trabajo de divulgación de la ciencia con la Universidad Nacional y ha publicado antes “Divulgación de la ciencia y medios masivos de comunicación” (UNAM, 2001). Actualmente publica su poesía en revistas de México y España. Correo electrónico: dianavillagomez@yahoo.com.mx

- (1) [www.robortogirardo.com](http://www.robortogirardo.com)
- (2) [www.geocities.com/iesnchile](http://www.geocities.com/iesnchile)
- (3) [www.vivoysanomexico.com](http://www.vivoysanomexico.com)
- (4) [mx.geocities.com/vihlapuerta](http://mx.geocities.com/vihlapuerta)
- (5) Lo que llamamos posteriormente la Carpeta de Información Básica
- (6) [www.laverdaddelsida.org](http://www.laverdaddelsida.org)
- (7) [mx.geocities.com/monarcasinternacional](http://mx.geocities.com/monarcasinternacional)
- (8) [www.aliveandwell.com](http://www.aliveandwell.com)
- (9) [mx.geocities.com/vihlapuerta](http://mx.geocities.com/vihlapuerta) & [mx.geocities.com/monarcasinternacional](http://mx.geocities.com/monarcasinternacional)
- (10) Los antirretrovirales son el sida recetado según Peter Dueseberg, biólogo molecular alemán descubridor de los retrovirus y profesor en la Universidad de Berkeley. Consultar también:  
Brink, A. (2000). *Debating AZT: Mbeki and the AIDS drug controversy*. Open Books, Pietermaritzburg.
- (11) Giraldo, R. (2002). *SIDA y Agentes Estresantes*. Medellín. Universidad de Antioquia.
- (12) Mendizábal, L. (1997). *Los fármacos actuales matan a los pacientes*. Diario 16. 13 de Mayo. España.
- (13) Goiz, I. (1993). *El sida es curable*. Ed. Xalostoc. México.
- (14) Botinas, L. (1997). *Etiquetado sano*. Diario 16. 3 de Junio. España.
- (15) Palacios, J. (1997). *SIDA. No mata el virus, matan los fármacos*. En Revista “Interviú”. Abril. No.1094, Año 21. España.

## SITIOS DE CONSULTA EN INTERNET

[www.aliveandwell.org](http://www.aliveandwell.org)  
[www.amcmh.org](http://www.amcmh.org)  
[www.dueseberg.com](http://www.dueseberg.com)  
[www.free-news.org](http://www.free-news.org)  
[www.geocities.com/iesnchile](http://www.geocities.com/iesnchile)  
[www.geocities.com/monarcasinternacional](http://www.geocities.com/monarcasinternacional)  
[www.geocites.com/vihlapuerta](http://www.geocites.com/vihlapuerta)  
[www.healids.com](http://www.healids.com)  
[www.laverdaddelsida.org](http://www.laverdaddelsida.org)  
[www.peterdeuseberg.com](http://www.peterdeuseberg.com)  
[www.rethinkingaids.com](http://www.rethinkingaids.com)  
[www.robortogirardo.com](http://www.robortogirardo.com)  
[www.serespositivos.com](http://www.serespositivos.com)

www.sidainformatica.org  
www.theperthgroup.com  
www.theseecret.tv  
www.toxi-health.com  
www.virusmyth.com  
www.vivoysanomexico.com

## BIBLIOGRAFÍA

Brink, A. (2000). *Debating AZT: Mbeki and the AIDS drug controversy*. Open Books, Pietermaritzburg.  
Escudero, C. (2002). VIH, la puerta a la iluminación. IESN. Chile.  
Galindo y Lameiras (1994). *Medios y mediaciones*. Colmich. México.  
Giraldo, R. (2002). *SIDA y Agentes Estresantes*. Universidad de Antioquia, Medellín.  
Goiz, I. (1993). *El sida es curable*. Ed. Xalostoc, México.  
Maggiore, C. (1999). *What if everything you thought you knew about AIDS was wrong?* American Foundation for AIDS Alternatives. Studio City, CA.

## OTROS DOCUMENTOS

Adams, J. (1989). *AIDS: The HIV Myth*. St. Martin Press. New York.  
Alfonso, H., Leon, F., Brokate, A. (1999). *Ciencia basada en la otra evidencia: Discrepancias e inconsistencias en los modelos epidemiológicos del sida*. En: Neurociencias 7(2). Colombia.  
Bradgley, L. (1990). *Healing AIDS naturally*. Human Energy Press. California.  
Byrnes, S. (1997). *Overcoming AIDS with natural medicine*. Centaur Books. Honolulu.  
Callen, M. (1990). *Surviving AIDS*. Harper Collins. New York.  
Chaitow, L. (1994). *You don't have to die. Unraveling the AIDS myth*. Future Medical Publishers. New York.  
Cohen, J. (1996). *Money Matters: The market place of HIV/AIDS*. En: Science 272:1.880-1.881.  
De Harven, E. (1997). *Pioneer deploras HIV, maintaining errors is evil*. En: Continuum 5(2):24. London.  
Duesberg, P. (1991). *AIDS Epidemiology: inconsistencies with HIV and with infectious diseases*. En: Proc Natl Acad Sci 88:1.575-1.579. USA.  
Duesberg, P. (1993). *Can epidemiology determine whether drugs or HIV cause AIDS?* En: AIDS Forschung 12:627-635.  
Duesberg, P. (1995). *Alternative AIDS hypothesis*. En: Genetica 95:3.  
Duesberg, P. (1996). *Infectious AIDS: have we been misled?* North Atlantic Books. Berkeley, CA.  
Duesberg, P. (1996). *Inventing the AIDS virus*. Regnery Publishing Inc. Washington.  
Duesberg, P., Rasnick, D. (1998). *The AIDS dilemma. Drug diseases blamed on a passenger virus*. En: Genetica 104:85-132.  
Feyerabend, P. (1988). *How to defend society against science*. En: Hacking I. Scientific revolutions 1981:156-167. Oxford University Press. Oxford.  
Giraldo, R. (1996). *Polémica internacional acerca de la causa del SIDA*. En: Investigación y Educación en Enfermería 14(2):55-74.  
Giraldo, R. (1988). *AIDS is neither an infectious disease nor is sexually transmitted*. En: Continuum 5(3):8-9. London.

- Guerrero-F., C. (1994). *¿Es el virus de inmunodeficiencia humana la causa del SIDA? Controversia científica, ética, social y política de la enfermedad*. Universidad Nacional Editorial Científica. Bogotá.
- Hand, T. (1996). *Why antiviral drugs cannot resolve AIDS*. En: Reappraising AIDS 4(9):1-4.
- Ho, D. et al (1993). *Idiopathic CD4 T-lymphocytopenia - Immunodeficiency without evidence of HIV infection*. En: NEJM 328:380-385.
- Hodgkinson, N. (1996). *AIDS: The failure of contemporary science. How a virus that never was deceived the world*. Fourth Estate. London.
- Johnson, C. (1995). *Is anyone really positive?* En: Continuum, abril-mayo.
- Lamb, W. (1995). *How I cured myself of AIDS*. Jericho Springs. Missouri.
- Lanka, S. (1995). *HIV: reality or artefact?* En: Continuum. London.
- Lanka, S. (1996). *Collective fallacy. Rethinking HIV*. En: Continuum 4(3):19-20.
- Lauritsen, J. (1990). *Poison by prescription: the AZT story*. Asklepios. New York.
- MacLure, M. (1988). *Inventing the AIDS virus hypothesis*. En: Epidemiology 9(4):467-473.
- Mullooli, P. (1999). *HIV/AIDS industry. Agenda behind the epidemic. Scientific genocide, economic disaster, civil unrest*. Joint Action Council Kannur. India.
- Nussbaum, B. (1990). *Good intentions: how big business, politics and medicine are corrupting the fight against AIDS*. Atlantic Monthly Press. New York.
- Papadopulos-Eleopulos, E., Turner, V., Papadimitriou, J. (1993). *Is a positive western blot proof of HIV infection?* En: Bio/Technology 11:696-707.
- Papadopulos-Eleopulos, E., Turner, V., Papadimitriou, J., Causer, D. (1996). *The isolation of HIV: Has it really been achieved? The case against*. En: Continuum 4(3). London.
- Philpott, P. (1997). *The isolation question. Does HIV exist?* En: Reappraising AIDS 5(6):1-12.
- Rappoport, J. (1988). *AIDS Inc.: scandal of the century*. Human Energy Press. San Bruno, CA.
- Rasnick, D. (1996). *Inhibitors of HIV protease useless against AIDS, because HIV doesn't cause AIDS*. En: Reappraising AIDS 4(8):1-4.
- Root-Bernstein, R. (1995). *Five myths about AIDS that have misdirected research and treatment*. En: Genetica 95:111-132.
- Root-Bernstein, R. (1993). *Rethinking AIDS; the tragic cost of premature consensus*. The free press. New York.
- Shenton, J. (1988). *Positively false. Exposing the myths about HIV and AIDS*. I.B. Tauris. London.